

PALIMPSESTO

REVISTA DE CREACIÓN

36

LEO MATIZ
(Aracataca, 1917-Bogotá, 1998)

LeoMatiz



ÍNDICE

ANTONIO REQUENI	5
Entrevista de Francisco José Cruz	11
MARÍA GÓMEZ LARA	27
ROSELLA DI PAOLO	39
<i>Al recibir el Premio Casa de la Literatura Peruana.</i>	45
LOLA MASCARELL	55
ISABEL FRAIRE	
<i>La fragilidad habitable de Isabel Fraire</i> por Ernesto Lumbreras	61
<i>De cómo se coló Isabel Fraire</i> por Fabio Morábito	73
DAVID LEO GARCÍA	77
ASMAA AZAIZEH	
Traducción de Frances Simán	83





ANTONIO REQUENI

FELICIDAD

Tratar de ser felices a pesar
de los días nublados, las pandemias,
los políticos y sindicalistas.
Tratar de conservar siquiera un poco
de aquellos días juveniles cuando
las chicas eran púdicas y hermosas
—ninguna tenía más de veinte años—,
y nos ilusionábamos al creer
que nuestro amor podía ser eterno.
Tratar de ser felices como niños,
sin motivo, tal vez, o para serlo,
nadar, correr, andar en bicicleta,
emocionarse viendo una película,
pasar un día de campo, contemplar
el dibujo en el cielo de las nubes,
morder una manzana y aspirar
aromas de jazmín y de azahares,
flotar con los violines de Vivaldi
o en los mágicos versos de un poema.
Tratar de ser felices pese a todo,
para siempre o solo por un rato.

JULIO VERNE

Me descubrió el placer de la lectura.
En las alas abiertas de sus libros
viajé, cuando era niño, hacia la luna
y bajo el mar, a bordo del *Nautilus*.
Pasaron años; tuve el privilegio
de que mi alma viviera la aventura
de la belleza y la emoción del tiempo.
París, Florencia, Barcelona, Praga,
Londres, Berlín, Jerusalén, Atenas,
Honolulu, Hong Kong y Marrakech.
Fue fascinante conocer el mundo.
Hoy siento que me invade la nostalgia,
el recuerdo feliz de aquellos días
de viajero curioso por museos,
ruinas, mercados, plazas, catedrales.
Hoy, inmóvil en mi cuarto, espero
la aventura del último viaje.

PANDEMIA 2020

Hoy es lunes, mañana será martes,
vendrán luego los miércoles y jueves,
después los viernes, sábados, domingos;
días iguales a los otros días,
pero con miedo y con olor a muerte.
¿Qué hacer? ¿Qué hacer? Todo parece extraño.
¿Quién podría venir a liberarnos
de este lento y tedioso cautiverio?
Como Cervantes en Argel soñando
tras el rescate con su Don Quijote,
como Bocaccio urdiendo con amigos
versos e historias lejos de la peste.
Siempre nos salva la literatura.

INSOMNIO

La cabeza en la almohada como un pájaro muerto
en el oscuro centro de la noche. De pronto,
todavía imprecisa, una palabra irrumpe,
se desprende del sueño, hace señas, insiste,
se desliza en los labios del durmiente poeta.
Y la cabeza, lenta, emerge de la sombra,
siente un ardor de letras –alfabeto de fuego–,
sílabas que se ordenan en la mente y alumbran
el temblor de una imagen o una feliz metáfora.
En el íntimo espacio del silencio nocturno
se abren pétalos, voces, aves, ríos, estrellas.
Así el poema nace del insomnio.

PREGUNTAS

Mi suegra –101 años– me pregunta
con temblorosa voz: –Dígame, Antonio,
¿Quién soy yo? Qué hago aquí ahora?
Siento un súbito, un raro escalofrío.

¿Quién soy? ¿Quién soy? –repite
la pregunta.

Son muchos años, claro, desvaría.
Habitante de un tiempo ya sin tiempo,
en las tinieblas de la desmemoria.
Como la piedra sin saber que es piedra.
Como morir sin saber que ha muerto.

Porque la muerte es no tener recuerdos.
Tantas formas, colores, seres, cosas,
heridas, cicatrices, risas, llantos,

en el oscuro pozo del olvido.
¿Quién soy yo? ¿Qué hago aquí ahora?

Y no hay respuestas.
Únicamente un vago escalofrío.

TAQUICARDIA

Mi corazón tiene el tamaño de la Plaza de San Pedro.
Hay noches en que apura sus latidos
como si no alcanzara la avidez del tiempo
para poder amar a todo el mundo.
Tiene prisa, se agita, escucho golpes
de un timbal en el pecho como en una
grandiosa sinfonía de Beethoven.
Amar, amar, amar; se desespera.
Pero viene el doctor con sus pastillas
(tomar una a la vez cada seis horas)
y el corazón entonces se apacigua.
No es bueno tanto amor acelerado.

COMPUTADORA

Adiós pianito de escribir, hermano
de tantas horas, dócil a mis dedos,
obediente, capaz de escribir frases
burocráticas, simples o pedestres
(«Le hago saber que el 5 del corriente...»)
o unos versos perfectos e inmortales
(«Con el número dos nace la pena»)
Hoy te ha vencido la computadora,
la sabihonda, pedante, la que ordena
cómo debo escribir, la que me humilla
cuando toco una tecla y se me borra
lo que ya redacté. Siento nostalgia
por mi viejo pianito. No, no quiero
ser dominado por la Puta Dora.

DIABETES

Cuánta dulzura hay en mi sangre, cuántos
dulces versos de amor escribiría
si no tuviese que alternar mis horas
con ensaladas, carne y vegetales.
Nada de arroz, nada de harinas, nada
de chocolate, cremas, galletitas.
Con crueldad cariñosa me los prohíbe
la doctora Szyskowsky. Qué tristeza
para mi sensibilidad glicosilada.
Mas no estoy triste, no podrán quitarme
mi vocación de canto y alegría.
Estoy lleno de amor y de dulzura.

DESPUÉS

ROMANCE ESCRITO AL CUMPLIR 90 AÑOS

Después, qué triste palabra
para el que mucho ha vivido,
para el que sabe que todo
después habrá concluido.
El después que nos espera,
el del silencio infinito
de una noche sin estrellas,
sin recuerdos, sin olvidos,
sin el lejano paisaje
de un jardín, cuando era niño,
de una calle, una muchacha,
y un joven callado y tímido.
Después sin padres ni hermanos,
sin la esposa, sin los hijos,
sin la risa de los nietos,
sin amigas, sin amigos,
sin los sabores del mundo,
sin la música y los libros,
sin la memoria de viajes

que hicimos o que no hicimos,
sin los colores y aromas
poco a poco desvaídos
y sin los objetos huérfanos
«que no sabrán que nos fuimos».
Una historia con palabras
en perdidos manuscritos.
Toda la nada. Después.
Como antes de haber nacido.

Antonio Requeni (Buenos Aires, 1930) pasó los primeros años de su infancia en la ciudad española de Valencia y, ya de vuelta en la capital argentina, cursó estudios en la Escuela Normal de Profesores «Mariano Acosta».

Ejerció el periodismo durante cuarenta años en La Prensa de Buenos Aires y colaboró en diarios, revistas y medios audiovisuales nacionales e internacionales para los cuales entrevistó a numerosas personalidades del mundo de la cultura.

Miembro de la Academia Argentina de Letras y de la Academia Nacional de Periodismo, recibió diversas distinciones como el Gran Premio de Honor de la Fundación Argentina para la Poesía (1984) y el Gran Premio de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores (2010). En 1994, fue condecorado con la Orden de Cavaliere Ufficiale por el gobierno de Italia. En 2019, la Legislatura de Buenos Aires lo reconoció como Persona destacada de la Cultura y, en 2020, el Centro Pen de Galicia le otorgó el Premio Rosalía de Castro.

Ha escrito los volúmenes de prosa: **Los viajes y los días** (crónicas de viaje, Premio del Fondo Nacional de las Artes, 1970), **El pirata Malapata** (cuentos para niños, 1974), **Cronicón de las peñas de Buenos Aires** (Primer Premio Municipal de Ensayo, 1984), **Travesías. Conversaciones con Olga Orozco y Gloria Alcorta** (1997) y **Temas y personajes. Papeles de periodista** (2012).

También es autor de las recopilaciones **González Carbalho** (1961), **El libro del padre** (1984) y **25 poetas argentinos. Poesía tradicional. Clásicos y neoclásicos** (2012).

Entre sus libros de poesía destacan **Umbral del horizonte** (1960), **Manifestación de bienes** (Premio del Fondo Nacional de las Artes, 1965), **Poemas españoles** (separata de Papeles de Son Armadans, Palma de Mallorca, 1970), **Inventario** (1974), **Línea de sombra** (Primer Premio Municipal, 1986), **Antología poética** (Fondo Nacional de las Artes, 1996), **El vaso de agua** (1997) y **Poemas italianos** (2003).

La Academia Argentina de Letras publicó en 2014 su **Poesía reunida**. En 2017 apareció en la colección Palimpsesto su antología **La palabra en el tiempo**. Los poemas que aquí se publican forman parte del libro **Último viaje**, que saldrá a la luz próximamente en la editorial Vinciguerra.

ANTONIO REQUENI, POETA DE LAS EMOCIONES

ENTREVISTA DE FRANCISCO JOSÉ CRUZ

Conocí a Antonio Requeni en mayo de 2017, cuando, movido por su afición viajera, decidió venir desinteresadamente a Carmona, acompañado de su esposa Virginia, para presentar en la casa palacio de los Briones –centro cultural de la Universidad Pablo de Olavide– su libro antológico La palabra en el tiempo, que acabábamos de publicar en el nº 32 de la colección Palimpsesto. La intensa convivencia de aquellos días me confirmó la entrañable impresión que de él me causaron nuestras anteriores llamadas telefónicas. Así pues, me encontré con un hombre afable, bondadoso, tierno, ajeno a cualquier forma de vanidad y con una curiosidad por todo, impropia de sus 87 años. Su talante machadiano, receptivo y antidogmático se trasluce tanto en sus versos –imbuidos de lúcida y emotiva claridad– como en su acogedor trato humano. En febrero de 2018, aprovechando una invitación a Marruecos, volvió a visitarnos y pasamos juntos unas jornadas inolvidables para Chari y para mí, colmadas de conversaciones y de paseos por las encaladas calles del casco antiguo. Su entusiasmo y dinamismo parecían defenderlo del paso del tiempo. Al igual que el protagonista de El vejestorio, la novela inacabada de Italo Svevo, Antonio Requeni podría decir, de acuerdo con su íntima actitud vital, que «se me olvidaba que soy un viejo yo mismo». Poco después de su regreso a Buenos Aires, como si no se hubiera ido del todo de nuestra ciudad, nos envió este sentido romance de ocasión, inspirado en la densa niebla de aquella fría mañana de febrero en que nos asomamos a la entonces invisible vega carmonense:

ROMANCE DE CARMONA

*A Fran Cruz, que dictó los dos
primeros versos de este poema*

Tras el telón de la niebla
se pone a cantar un gallo
y la niebla se ilumina
si el gallo sigue cantando.
Carmona se despereza
y murallas y palacios
dialogan de piedra en piedra
donde crece el jaramago.
La luz resbala en el aire
y el ocre de los tejados

mientras sus calles caminan
—todas pintadas de blanco—
Fran Cruz y su esposa Chari
cogiditos de la mano.
Los dos caminan, caminan,
como en un silencio mágico.
¿A dónde los llevará
la brújula de sus pasos?
Fran Cruz y Chari visitan
el taller de un artesano
(poeta de la madera)*
o la imprenta donde, acaso,
le dan vida al *Palimpsesto*
que aparecerá en verano.

La niebla se ha descorrido.
El día está levantando
el oro de su mañana.
Por el laberinto blanco
de las calles de Carmona
ellos siguen caminando.
Fran Cruz y Chari caminan
cogiditos de la mano.
La ciudad se despereza.
Y el gallo sigue cantando.

—*Hijo de padres españoles emigrados a la Argentina, naciste en 1930 en la capital bonaerense, donde siempre has vivido, excepto desde los dos a los cinco años, cuando te trasladaste a España con tu familia para volver a tu país natal justo antes del comienzo de la Guerra Civil. ¿Qué impresiones o experiencias concretas te acompañan aún de tu infantil etapa española?*

—A principios de 1933, mis padres, los dos valencianos, decidieron regresar e instalarse en Valencia con sus dos hijos: yo no había cumplido aún los 3 años y mi hermano era un año mayor. En Valencia nació mi hermana María Teresa. A mi padre no le fue bien económicamente y, en 1935, regresamos a Buenos Aires, pero siempre con la idea de volver a España. La Guerra Civil y la segunda guerra europea determinaron que nos quedáramos definitivamente en Buenos Aires. De Valencia solo conservo vagos recuerdos: la calle donde vivíamos, que se llamaba Gutenberg (¿una premonición?), un paseo por la Albufera y otro por la playa de la Malvarrosa. También unos carnavales en Ibiza, donde vivimos algunos meses. Un hermano de mi madre fue alcalde de la isla. No creo que esos dos años en

* Antonio Requeni se refiere al reconocido y ya nonagenario carpintero local Eduardo Buzón, quien amablemente le abrió las puertas de su taller.

España hayan tenido influencia (yo era muy pequeño), como la tuvieron después el ambiente familiar, el habla castiza de mis padres y las evocaciones nostálgicas, sobre todo de mi madre. Eso debe haber obrado en mi mente infantil con mayor intensidad.

—*Háblame del ambiente familiar en que creciste y si favoreció de algún modo tu incipiente vocación literaria.*

—Mi abuelo paterno, Antonio Fornes (yo me llamo Antonio por él) era dueño del café y restaurante *Habana*, en el centro de Valencia, a metros del Teatro Principal. Por allí pasó la bohemia literaria y artística de entonces. Uno de ellos fue Joaquín Sorolla, que además había sido condiscípulo de mi abuelo, y otro, Vicente Blasco Ibáñez, que allí festejó el éxito de su novela *Entre naranjos*. Mi madre estudió en la Alianza Francesa (sabía francés) y había sido alumna de piano de los hermanos José y Amparo Iturbi. De pequeña compartió juegos con sus vecinitas Enriqueta Aub, hermana de Max, a quien recordaba como un chico muy travieso (les tiraba de las trenzas y les levantaba las faldas), y de Amparo Tárrega, hija del célebre compositor. A mi madre le gustaba la poesía; no escribía, pero copiaba poemas en un cuaderno que conservo: Bécquer, Campoamor, Amado Nervo... Ella alentó mi vocación. Con mi padre fue todo lo contrario. Era muy materialista y nunca se llevó bien con mi madre. Se disgustó cuando supo que yo escribía versos. Era empresario, tenía una pequeña curtiduría dedicada a fabricar suelas para el calzado y quería que sus hijos continuaran su actividad industrial. Yo lo decepcioné. En vez de dedicarme a lo más arrastrado que hay en el mundo, que son las suelas de los zapatos, me consagré a lo más elevado: la poesía. Y me gané la vida como periodista.

—*¿Cuándo cobraste realmente conciencia de tu condición de poeta y quiénes te ayudaron a fortalecerla?*

—Desde muy chico fui aficionado a las historietas (los tebeos, como llaman en España). Entre los 11 y los 13, devoré las novelas de Julio Verne, que fueron mi iniciación en el goce de la lectura. A los 15 o 16 me enamoré de una jovencita que viajaba en el tranvía que me llevaba todos los días de la escuela a casa, pero nunca me atreví a decirle nada. Ese sentimiento me incitó a leer los versos románticos de Bécquer. Fue mi descubrimiento de la poesía; una emoción que me llevó a buscar libros de otros poetas. Ese nuevo mundo verbal de imágenes, músicas y emotividad me cautivó. Leí mucha poesía y como de mucho leer a escribir hay un paso, me puse yo también a borrar unos versos ingenuos, candorosos, cursis, que me hicieron creer que yo también podía ser poeta.

—*En numerosas ocasiones, has confesado que no te reconoces en tus cuatro primeros libros de poemas. ¿Qué encontraste en ellos para desestimarlos, después de*

haberlos publicado, y cómo viviste este proceso de arrepentimiento hasta descubrir tu propio tono?

—En el último año del bachillerato, tuve como profesor de Literatura a un notable poeta: González Carbalho. Pertenecía cronológicamente a la generación de Borges, pero no había entre ellos afinidad. Su generosidad lo convirtió en mi mentor y padrino literario. Me prestó libros, me enseñó a redactar sonetos tomando como ejemplo los *Sonetos espirituales* de Juan Ramón Jiménez, y en 1951 prologó mi primer libro, de cuyo título no quiero acordarme. En ese modesto volumen perduraba todavía aquel candor e ingenuidad que, sin embargo, González Carbalho alabó por considerarlo un rasgo de inocencia y autenticidad. El afán de publicar, la vanidad seguramente, me llevaron a dar a la imprenta, durante la década de los '50, tres libros más. Hice en ellos algún adelanto, pero aún no encontraba una voz propia. Conocí entonces a Rafael Alberti por mediación de González Carbalho, quien había sido amigo también de García Lorca cuando el granadino estuvo en Buenos Aires, y lo era de Pablo Neruda, que le dedicó un poema de su *Canto general*. Frecuenté, además, a otros poetas mayores que me ayudaron a crecer literariamente y a avergonzarme de aquellos pobrecitos versos iniciales. Creo haber encontrado recién un tono más personal en el libro *Umbral del horizonte*, de 1960, que escribí después de un largo viaje por Europa. Habría que aclarar que también influyó en mi evolución la amistad con poetas de mi edad, herederos, como yo, de la más brillante generación de poetas argentinos, los que escribieron entre 1920 y 1950.

—Opuesta a las transgresiones experimentales o al hermetismo intelectual de cierta poesía contemporánea, la tuya es siempre clara y emotiva. ¿A qué puede deberse el descrédito del sentimiento y, por ende, la pérdida del poder comunicativo en las artes de hoy y cómo ha afectado, para bien o para mal, a tu trayectoria poética?

—En el momento de escribir, no estoy pensando en el posible lector, pero subconscientemente, siempre escribo con el deseo de ser leído. Jamás me sentí atraído por la ruptura, la transgresión, por lograr una originalidad que dejara de lado la transparencia, el ritmo y la emoción, elementos que no son en sí mismos la poesía, pero contribuyen a suscitara. En las primeras décadas del siglo pasado se produjo en el mundo un proceso de desintegración de las formas en la pintura, en la música y también en la poesía. Este fenómeno abrió nuevas dimensiones de conocimiento, pero interrumpió la función comunicativa del arte. Aquella «inmensa minoría» de personas normalmente cultas y sensibles que leían poesía dejaron de leerla. A la gente ya no le interesa la poesía porque a los poetas no les interesa la gente, sino los especialistas e iniciados. Borges dijo: «Antes los poemas se escribían para ser leídos. Ahora se escriben para ser escritos.» Puede ser que a mí me consideren un poeta anacrónico, pasatista, pero prefiero seguir escribiendo una poesía inteligible.



© ROSARIO ACAL

Antonio Requeni en la Plaza de San Fernando o de Arriba.
Carmona, 17 de febrero de 2018

—En la nota autobiográfica que encabeza tu antología *La palabra en el tiempo* (Col. *Palimpsesto*, Carmona, 2017), te consideras hijo de la poesía española. ¿A qué estilos y obras te refieres en concreto? ¿Te hace sentirte extraño, dentro de la poesía argentina, esta entrañable filiación?

—En las clases de Literatura del último año del bachillerato, debíamos leer a los poetas del Siglo de Oro. A mis compañeros les resultaban aburridos y a mí me fascinaban. Siempre disfruté leyendo los clásicos; ellos contribuyeron a mi amor por la lengua y a que me afirmara en mis raíces. Amo la Argentina, donde vivo y formé una familia, pero a veces me siento como desterrado de una patria anterior; soy consciente de que fluyen en mis venas siglos de sangre valenciana. Siento una suerte de parentesco espiritual con Machado, Juan Ramón y los poetas del 27. En la Argentina, por lo general, y seguramente por la gravitación de Borges, que admiraba la cultura anglosajona y menospreciaba la española (únicamente salvaba a Cervantes, Quevedo, Gracián, Unamuno y muy pocos más), los poetas prefirieron el magisterio de poetas de otras nacionalidades. Yo soy de los pocos argentinos que —como escribió Santiago Sylvester— sigo cantando en las ramas de un árbol que hunde las raíces en la vieja poesía castellana.

—En 2003, publicaste *Antirrefranero* poético, una breve plaqueta que recoge un ramillete de reflexiones estéticas, partiendo de la reinterpretación de dichos y refranes populares. Uno de ellos reza: «Tanto va la poesía a la fuente que al fin parece nueva». Se diría que, después de un siglo de experimentos e imposturas inimaginables, la vuelta a las formas tradicionales representa hoy la heterodoxia renovadora. ¿Qué encuentras en ellas y en la suave combinación de metros clásicos, como el endecasílabo y el alejandrino, que no te da el verso libre?

—La poesía no cambia, resplandece en la eternidad; lo que cambia son los caminos para llegar a ella; los versos de Neruda o Vallejo no son superiores a los de Garcilaso o Góngora. Son distintos. Cada poeta responde al espíritu de su época, a contextos que varían según las instancias sociales, psicológicas, costumbristas, etc. Volver a las fuentes no es una involución, un retroceso, sino el contacto con diferentes estilos, con otras incitaciones conceptuales y estéticas. Yo vuelvo a menudo al Siglo de Oro y hago descubrimientos que antes no había advertido (Quevedo es, en ese sentido, inagotable). En cuanto al endecasílabo y el alejandrino, creo que son los metros que mejor reflejan la belleza del verso. Yo me aficioné tanto a las once sílabas que cuando empecé a trabajar como periodista, las crónicas me salían en endecasílabos. Luego debía ir rompiéndolos para que la crónica no pareciera un poema. Últimamente los límites entre los géneros parecen borrarse. En la prosa caben los ingredientes típicos del poema como la imagen y la metáfora, pero no el ritmo; el ritmo del verso no es el mismo de la prosa. Si tomamos dos versos de la «Égloga I» de Garcilaso: «Corrientes aguas, puras, cristalinas, / árboles que os estáis mirando en ellas», y alteramos el orden de las palabras: «Aguas corrientes pu-

ras y cristalinas / en ellas se están mirando los árboles», decimos lo mismo y con las mismas palabras, pero ya no es poesía sino prosa, hemos alterado el ritmo, la música. El verso libre también puede albergar belleza y sugestión, a condición de que posea una fluencia rítmica (Whitman, Neruda, Aleixandre). Hoy se escriben versos que llaman «libres», pero, al carecer de ritmo, no son sino prosa dispuesta en la forma tipográfica del verso.

—*Si no me equivoco, en tu concepción de las cosas, la poesía no es algo distinto de la vida, sino que forma parte de ella. De ahí, quizá, tu confianza en el lenguaje poético y tu felicidad por la belleza que transmite. Poemas como «Ese hombre que escribe» o «Milan Kundera» así lo atestiguan. Este último rechaza la tajante afirmación del novelista checo de que la poesía ha muerto. Háblame de cuanto te comento, relacionándolo también con tu bella e insólita «Poesía-ficción»:*

*Los poetas trabajan en sus laboratorios.
Encerrados en cápsulas asépticas
piensan el mundo, se concentran, dictan
a un grabador palabras en cadena
que generan minúsculos escándalos.
Por túneles de vidrio se encaminan
luego al salón de datos donde cambian
cómplices guiños, fórmulas sutiles,
sonrisas llenas de sabiduría.*

*Afuera están los miembros de la tribu.
Una manada de rinocerontes.*

—Yo no sé si la vida tiene sentido, pero la poesía me hace creer que sí lo tiene. No concibo la vida sin la poesía y sin la música, que es mi otro fervor. Las dos forman parte ineludible de mi vida. Creo que ese sentimiento está presente en los dos poemas que citas. Respecto del último, «Poesía-ficción», es una ironía, una velada crítica a ciertos colegas que escriben versos muy inteligentes, muy sutiles, pero sin sujeto ni anécdota, como si fueran pensamientos que se piensan a sí mismos, y que únicamente entienden unos pocos compañeros de ruta. Como la ciencia, que solo la entienden los científicos. Jean Cocteau dijo que los poetas modernos le sugerían la imagen de un grupo de mandarines diciéndose secretos al oído. Del otro lado están los «rinocerontes», expresión que tomé prestada de Ionesco.

—*Tus versos, impregnados de ternura y delicadeza, celebran la vida, precisamente, porque conocen el dolor y la fugacidad. En uno de esos antirrefranes tuyos, a los que ya hemos aludidos, dices que «El poeta sabe por viejo, pero más sabe por niño». ¿Cómo crees que interviene en tu escritura la inocencia, esa suerte de predisposición al asombro?*

—Si descartamos los primeros versos pronunciados por Dios: «Hágase la luz / y la luz se hizo», el primer poema del hombre primitivo debe de haber sido el «¡Oh!» o el «¡Ah!» que surgió de su perplejidad, de su asombro al ver abrirse una flor o al estremecerse ante un relámpago en el cielo. Creo recordar que esta reflexión ya la hizo Alfonso Reyes en su delicioso libro *La experiencia literaria*. El asombro genera poesía, sobre todo en los niños, que son poetas en estado puro. Dices que mis versos celebran la vida. Es verdad, creo que mi poesía, directa o indirectamente, siempre reflejó una emocionada gratitud a la vida y a su incesante misterio. Ha sido una poesía celebrante. Pero últimamente, al ir envejeciendo y tomar conciencia de la fugacidad, de que todo acabará para mí en un futuro cada vez más próximo, esa celebración ha ido adquiriendo un sesgo melancólico.

—*Tu poesía serena, meditativa e íntima no escamotea, sin embargo, el dolor ajeno, abordándolo con una especie de compasión, a la vez, impotente y culpable. «Juanito Laguna», «Museo del Oro de Bogotá», «Naranjera de Asunción», «Niño dormido en un zaguán de América» o «Kaddish por un zapato roto» son ejemplos a este respecto. En este último poema, conmovido ante el holocausto, pides incluso perdón por estar vivo. En tu caso, a diferencia de poetas sociales, reivindicativos, siempre te fijas en seres humanos concretos, indefensos e inmersos en circunstancias determinadas. Háblame de esta veta testimonial de tu obra.*

—El ejercicio del periodismo me dio la oportunidad de viajar. Menos Ecuador, conozco todos los países sudamericanos y algunos de Centroamérica. También de Europa, Asia y África. Admiré paisajes, monumentos antiguos, tesoros artísticos, y experimenté ante ellos la emoción del tiempo y de la historia. Pero también me interesó la vida de la gente. En ese sentido, golpeó mi sensibilidad el espectáculo de criaturas condenadas por la pobreza o la injusticia en algunos lugares de América o en una «villa miseria» de la Argentina, así como los dolorosos testimonios contemplados en el Museo del Holocausto, en Jerusalén. Al margen de consideraciones sociológicas o ideológicas, lo que me movilizó para escribir fue el aspecto humano, el sentimiento de impotencia y hasta de culpa por haber sido feliz mientras ellos sufrían. Por esos poemas, un crítico me puso la etiqueta de «poeta social». No la rechazo, pero prefiero el adjetivo testimonial. Me preguntas sobre esa veta y te respondo: creo que toda mi poesía es testimonial. Nunca escribí sobre temas abstractos. Salvo varios poemas narrativos, productos de la imaginación, siempre traté de dar testimonio de una experiencia, un sentimiento, un momento de vida.

—*«Leopardi en Recanatti» o «Teorema de la relatividad», referido a Albert Einstein, son dos hondos poemas que resaltan, por encima de la importancia de sus obras, la fragilidad humana de estos personajes célebres de la cultura. ¿Es el desconocimiento del mundo, más que su revelación, el tema esencial de la poesía?*

—Siempre me impresionó la vulnerabilidad humana, la insuficiencia de la vida en personas que podríamos considerar superiores mental o espiritualmente. En el poema sobre Einstein quise describir a un hombre que, después de haber descifrado relevantes incógnitas físicas o matemáticas, se descubre pequeño, humanamente frágil, ante el inconmensurable misterio de la Creación. En el poema sobre Leopardi traté de fijar el momento en el que ese joven maltrecho, giboso, precozmente erudito, que pasa las horas escribiendo y leyendo libros en seis o siete idiomas, siente que cambiaría toda su sabiduría por la sonrisa de una muchacha que vio por la ventana de la biblioteca de su padre. La perplejidad ante el desconocimiento del mundo, el tiempo y su fugacidad, el misterio de la muerte, el amor y la nostalgia son algunos de los temas esenciales de la poesía.

—*De 1958 a 1994, ejerciste el periodismo en el diario La Prensa de Buenos Aires, amén de colaborar en muchas otras publicaciones con reportajes y artículos. Una selección de ellos está recogida en el volumen Temas y personajes (Prosa Editores, Buenos Aires, 2012). La profesión periodística, según tú mismo has dicho, volvió tu mirada al exterior, afinando así tu capacidad observadora, de la cual se ha beneficiado tu poesía. Pero yo te pregunto, ¿de qué manera tu sensibilidad poética te ha influido como periodista?*

—Cuando empecé a trabajar como periodista, tenía 27 años y había publicado ya cuatro libros de versos. Aparte de su cuestionable calidad, podía advertirse en ellos un carácter introvertido que, en alguna medida, cambió gracias al periodismo. Dejé de mirarme el ombligo para dirigir mi mirada al exterior. Fue algo beneficioso para mi actitud ante la poesía; tuve una visión más amplia, se abrieron para mí nuevas dimensiones de la realidad. Por otra parte, el estilo austero, conciso que exigía el diario, ayudó a desentenderme de preciosismos, a escribir una poesía más sobria y a tener en cuenta al lector. La influencia de la poesía sobre el periodismo también fue gratificante. La sensibilidad poética obró sobre el reportero de modo que este, al ver y reflejar las cosas, también pusiera atención en el otro lado de las cosas. Sumar a la crónica de los hechos la intuición de sus íntimas connotaciones.

—*Gracias al periodismo, no has dejado de viajar a lo largo y ancho del planeta, desde que, a finales de la década de los '50 del siglo pasado, recorriste parte de Europa. Se podría pensar que aquel ya remoto viaje de niño a España fue, de algún modo, premonitorio. Más allá de títulos como «Toledo», «Santiago de Compostela», «Mar azul de Capri», «Sabbioneta», «Pompeya 79» o «Islas Eolias», poemas de tonos y asuntos distintos, ¿qué ha aportado a tu vida y a tu obra tu asidua experiencia de viajero?*

—Aquel viaje a España con mis padres en 1933 pudo ser premonitorio, pero creo que fue durante la infancia y adolescencia, cuando la lectura de la serie de *Los viajes extraordinarios* de Verne y las novelas de Salgari, Stevenson y Walter Scott

me inocularon el deseo de conocer otras geografías y otras gentes; un sueño que, afortunadamente, pude cumplir gracias al periodismo. Sin embargo, el viaje más importante de mi vida no estuvo determinado por el ejercicio de la profesión. En 1959, obtuve una media beca para estudiar en París. Yo trabajaba en *La Prensa* y pedí una licencia de seis meses. No me la concedieron porque la empresa no acostumbraba a otorgar esa clase de beneficios, pero me aconsejaron que renunciara y, al regreso, volverían a tomarme. Así fue, con la variante de que, en lugar de quedarme en Europa seis meses, permanecí prácticamente un año, de febrero a diciembre. Fue una gran experiencia. A los cuatro meses en París sumé otros meses en España, Italia, Bélgica, Holanda y Marruecos (en Marruecos vivía el mayor de mis primos y mi padrino de bautismo, que era licenciado en Letras y arabista). Fue un viaje iniciático, como el famoso *Grand Tour* del siglo XVIII. Volví distinto, mi personalidad se enriqueció y también mi poesía. *Umbral del horizonte*, libro de 1960 que recoge versos de aquel período trashumante, es mejor que los que había escrito antes. Años después, gracias ya al periodismo, seguí viajando. Los viajes siempre me han abducido (de vez en cuando conviene poner una palabra rara para parecer culto). El contacto con otros ambientes, otras culturas, fueron experiencias que continuaron estimulándome para escribir. Sin duda, los viajes han sido un aporte importante en mi vida y en mi literatura.

—Entre el reportaje y el ensayo, se mueve tu *Cronicón de las peñas de Buenos Aires* (Ed. Corregidor, Buenos Aires, 1986), minucioso registro de la bohemia artística porteña a lo largo del siglo XX, donde, sin renunciar a hechos relevantes de la época como fondo de cuadro, se muestran los lugares en que los diversos cenáculos se reunían y las revistas en las que publicaban, algunas de gran repercusión, como Martín Fierro, la cual alcanzó una tirada de veinte mil ejemplares, algo insólito en nuestro días. ¿Qué te motivó a escribir tan singular libro?

—Cuando empecé a publicar, a principios de los años '50, asistí a alguna tertulia literaria, resabio de las que tuvieron su apogeo en las primeras décadas del siglo, promovidas por Rubén Darío cuando visitó la Argentina. Después, principalmente por razones políticas, esas reuniones bohemias se fueron disgregando. Existía algún volumen sobre los cafés porteños o sobre alguna peña literaria en particular, pero no un libro que registrara un panorama de todos esos cenáculos, una *petite histoire*, como dicen los franceses, de la vida literaria con sus personajes, anécdotas y vicisitudes. Durante varios años recogí testimonios de viejos escritores, pintores, músicos, periodistas, que habían sido protagonistas o testigos, e investigué en más de un archivo. Un trabajo menos literario que periodístico por el que me dieron el Primer Premio Municipal de Ensayo. En realidad, no es un ensayo, sino una crónica. O un cronicón, como lo titulé. El libro me dio muchas satisfacciones. El chileno José Donoso lo elogió, añadiendo que hacía falta un libro similar en su país. *El Cronicón de las peñas de Buenos Aires* se transformó en obra de consulta para otros investigadores. Me sentí feliz al escribirlo, en sumergirme

en una de las épocas más brillantes de la creación literaria y artística argentina. El poeta Carlos Mastronardi decía que fue «la época de nuestros últimos hombres felices».

—*En tu juventud, trataste a dos poetas de distintas generaciones y estéticas disímiles a la tuya. Me refiero a Alejandra Pizarnik y a Antonio Porchia. Háblame de tu relación con ambos y de esos rasgos, si los hay, que hayan podido quedar de sus obras en tus versos.*

—Durante un tiempo veía a Antonio Porchia todos los sábados, pues él y yo concurríamos al taller de nuestro amigo José Luis Menghi, pintor. Se reunían en ese atelier otros pintores, escultores y escritores. Una suerte de peña. Porchia, hombre humilde, discreto, compartía las reuniones en silencio, pero cuando lo interrumpía era para decir algo importante. Su lucidez contrastaba con su apariencia de hombre sencillo, de aspecto poco intelectual, siempre con el mismo traje gris arrugado. Yo se lo presenté a Alejandra Pizarnik, a quien conocí de chica porque vivía cerca de su casa. Para mi joven e inteligente vecina, Porchia se convirtió en una suerte de maestro, casi de ídolo. Había entre ellos afinidad intelectual; ambos concebían la poesía como búsqueda, como una forma de conocimiento esencial. Yo los admiraba, pese a tener una visión distinta. Como había dicho Wallace Stevens, para mí la poesía era «la felicidad del lenguaje», una forma de arte, de belleza. Porchia y Alejandra iban más allá; ella, fascinada por Rimbaud y los surrealistas, con un desasosiego, con una desesperación que, al fin, tuvo consecuencia trágica. Éramos diferentes, pero nos respetábamos y queríamos. No creo que haya quedado algo de ellos en mi obra. Alejandra se burlaba cariñosamente al decirme que yo seguía siendo un romántico y que iba a morir aplastado por una lágrima.

—*Sé que tienes la intención de reunir en un pequeño volumen las entrevistas que le hiciste a Borges en diferentes etapas de su vida. Tu poema «Gratitudes», una suerte de íntimo resumen vital, le rinde un implícito homenaje a través de su estructura enumerativa. Pese a que uno tiene la impresión de que se ha dicho ya todo sobre el maestro argentino, quizá demasiado, ¿cómo recuerdas tu trato con él y qué te atrae más de su obra?*

—Para quienes escriben en mi país es difícil zafarse de la gravitación de Borges, sin duda uno de los más grandes genios literarios del siglo xx. Imposible plagiarlo sin que se note, aunque él decía que «hay que saber plagiar, porque si no se sabe plagiar, se debe tomar la precaución de ser original». Pero algo de Borges se nos ha pegado a todos o a muchos poetas argentinos. Reconozco que la lectura de sus poemas me hizo escribir con mayor sobriedad. Tuve la fortuna de entrevistarlo en varias oportunidades; en su modesto departamento, en un café o caminando con él del brazo (por su ceguera) por las calles de Buenos Aires. Más

que un ser humano, se diría que Borges era un ser literario. Daba la impresión de haberlo leído todo. Y de recordarlo. Cualquier tema que se le propusiera o surgiese durante una conversación, lo derivaba hacia la literatura. Tenía una memoria prodigiosa; solía citar versos y aún párrafos en prosa de los más variados escritores, en varios idiomas. Además, tenía mucho humor, un humor irónico, que a veces se ensañaba hasta con sus mejores amigos. No solo en su literatura, también en una charla circunstancial, colocaba un adjetivo o un adverbio que a nadie se le hubiera podido ocurrir. Una vez viajó al interior, con un acompañante, para dar una conferencia. Llegaron el día anterior y se alojaron en un hotel. A la mañana siguiente, Borges tardaba en salir de la habitación y el acompañante le golpeó la puerta. «¿Tiene algún problema, Borges?»—preguntó. Borges le respondió que no podía lavarse la cara porque había un problema en el grifo (no salía el chorro, solo goteaba). «¿Cuál es el problema, Borges, no sale el agua?» Y Borges: «Sí, sale, pero con escrúpulos».

Espero que este año aparezca un pequeño volumen o plaqueta con los reportajes que le hice en distintos momentos, publicación que se cerrará con una entrevista a su hermana Norah, realizada poco antes de su muerte.

—Tu obra poética es breve, quizá porque, como tú mismo sueles repetir, solo escribes cuando tienes verdadera necesidad de ello. ¿En qué notas, dentro de lo que pueda razonarse esta cuestión tan misteriosa, esas incitaciones que te abocan, digámoslo así, al poema, esos indicios que te convencen de que vas a componerlo? Al hilo de este asunto, ¿qué elementos te son prioritarios para empezar a escribir un poema? Háblame, en fin, de tu proceso creador.

—El proceso creador de todo artista es difícil de analizar, algo muy misterioso. Los novelistas, los ensayistas, cuando se ponen a escribir, saben lo que quieren: desarrollar un relato en el primer caso y una reflexión en el segundo. No pasa lo mismo con el poeta; escribe cuando se lo impone una palabra, una imagen, una experiencia de vida; empieza respondiendo a una inexplicable incitación, a la intuición más que al raciocinio. Tal es mi caso que, creo, también es el de la mayoría de los versicultores. A veces al leer un libro, al ver jugar a unos chicos, al oír una conversación en la calle, o durante un insomnio, siento que viene a mi mente una idea poética, una palabra que podría ser el comienzo de un verso. Entonces, obedeciendo a ese mandato misterioso, voy ensayando, tanteando mentalmente una asociación verbal, una imagen, una metáfora, que termina convirtiéndose en poema. Es un proceso individual difícil de explicar. Rilke decía que el primer verso lo dictan los ángeles. Yo creo que no solo el primero: todos.

—Después de bastante tiempo sin que te visitaran las musas, has vuelto a abrirlas la puerta para que te dictaran algunos poemas en este aciago 2020. Curiosamente, el despertar de tu letargo poético ha coincidido con la pandemia vírica que asola al mundo entero. ¿Qué relación hay entre este desastre y tu vuelta al verso?

—Aunque decirlo parezca absurdo y hasta perverso, la pandemia tuvo para mí, o, mejor dicho, para mi presunta condición de poeta, un efecto positivo. Después de mucho tiempo de sequía creativa, la musa volvió a acariciarme. El tiempo que impuso la extensísima cuarentena lo cubrí escuchando música y leyendo como nunca había podido hacerlo (habría que aclarar que, a esta altura de mi vida, la literatura y la música son dos placeres que no me han abandonado). Y la musa me dictó unos catorce o quince poemas, algunos de los cuales tienen un dejo nuevo en mi estilo, otros hablan de experiencias más íntimas. Como digo en una de esas composiciones, frente al virus homicida, ante el temor y la impotencia, «siempre nos salva la literatura».

—*Al contrario que tus poemas «Pequeña oda a Marcel Marceau» y «Los niños», radiantes de jubilosa frescura, el titulado «Geriátrico» nos da una visión sombría, desolada de la vejez. A tus 90 años, sin embargo, mantienes una vitalidad y una lucidez envidiables. A esta edad, ¿qué conclusiones sacas de la vida? ¿Pesa más en ti el entusiasmo que te caracteriza o el pesimismo propio del paso del tiempo?*

—El año pasado, en plena pandemia, cumplí 90 años. Muchos para un cuerpo que acusa ya los problemas de esa edad crepuscular, cada día más cerca de la noche: diabetes, una ligera insuficiencia cardíaca y otros inconvenientes propios del desgaste físico; pero son problemas que conciernen al cuerpo. Yo estoy bien, todavía no aprendí a ser un anciano. Debería comportarme como un nonagenario, pero no sé cómo se hace. Mental y espiritualmente me siento como si no tuviera 90 sino 45. Soy consciente, sin embargo, de que voy bajando los últimos peldaños, y esa circunstancia me hizo escribir últimamente algunos poemas un tanto tristes. Creo que el saldo de mi vida es positivo. Tuve más momentos de felicidad que de aflicción. Hoy siento la satisfacción de verme rodeado de seres que me quieren: esposa, hijos, nietos, amigos. Es mi mayor recompensa, a la que debería agregar el privilegio de que la musa o el angelito me han dictado algunos poemas que, aunque a nadie importaran, justifican para mí el paso por esta vida tan pródiga y misteriosa.

Carmona-Buenos Aires, diciembre de 2020









MARÍA GÓMEZ LARA

DON QUIJOTE A VOCES

*Para Mary Gaylord y Amalia Iriarte, por la música que estaban conjurando,
porque en sus seminarios de Cervantes me cantaron las voces de Don Quijote*

«¡Ay, señor! –dijo la sobrina–, bien los puede vuestra merced mandar a quemar como los demás, porque no sería mucho que, habiendo sanado mi señor tío de la enfermedad caballeresca, leyendo esos se le antojase de hacerse poeta, que según dicen es enfermedad incurable y pegadiza.»

Quijote I, capítulo VI

MARCELA DESAMORADA

a mí no me digan desdeñosa no me digan cruel no me digan ingrata ni basilisco
ni fiera

yo nací libre y libre soy

pues no he prometido nada a los pastores que me siguen
ninguna falsa nunca les di esperanzas les dije la verdad:

el amor no se fuerza el deseo es peregrino y solo llega cuando llega si es que un día
aparece y coincidimos
nada me amarra a corresponder porque dicen que me aman que se lleven sus
cadenas

yo tengo mi voz yo tengo mi palabra yo puedo pasear tranquila por los bosques
solitarios conversar con los zagales con las cabras
no estaré enferma de ausencia ni de celos
ni perderé el ritmo exacto de mis pasos
cuando no me persiguen ni me cantan cuando camino en paz por la colina

si se quieren matar que se maten si se quieren morir de amor que se mueran

yo no hice nada yo no escogí esta hermosura que me pesa así ahora por tanto que
me buscan tanto que me asustan me agobian me asedian

no puedo respirar

y ellos no saben quién soy yo:

marcela

marcela libre de este cuerpo que tanto se disputan

marcela libre de este cuerpo que los hace creerse dueños de mi forma de andar sin
seguirles el rastro

yo habría sido marcela sin esta cara tan hermosa que persiguen

yo habría sido marcela sin rizos para comparar con el sol o con el oro

sin dientes de perlas

sin ojos como estrellas

apagadas

yo habría encendido mi fuego

por las palabras que traigo para salvarme

para decir libre soy y libre seré siempre

yo no maté a grisóstomo él se mató solito y que vaya a cantar si quiere a repetir sus
versos de acento espantable decía en su poema

28

a repetir sus versos tristes que no saben de mí ni resuenan conmigo
ni fui yo la causante de esa herida

yo soy marcela por la voz

y las heridas las abren ellos al solo querer apropiarse de esta piel que me cubre

sin detenerse
un momento
a mirar
mis cicatrices

DULCINEA ENCANTADA

dice que me vio en una cueva
yo no sé de encantamientos dulcinea me grita al verme dulcinea del toboso

y habría que buscar un nombre

aldonza lorenzo me pusieron aldonza aldonza me llamaban mis padres como un eco de ellos: lorenzo corchuelo y aldonza nogales porque se aferraban a sus nombres de árboles y desde niña me inventaron un nombre para que fuera su extensión y no mi matiz exacto de follaje mi grosor de las ramas mi textura en la corteza y yo quiero galopar seguir andando subir rápido al burro y avanzar hacia adelante

él en cambio me dice la hermosa la soberana la excelentísima señora de mis pensamientos no se ha fijado en mi cara no me ha oído y jura que unos gigantes van a venir a buscarme para contarme no sé qué de unas batallas de unos vencidos de unas armaduras

dice que me vio en una cueva
con una multitud de encantados errantes
que vivíamos todos en vigilia
que no era sueño ni era duermeverla sino estar con los ojos siempre abiertos
y la mirada en otra parte
la mirada perdida
atascada en un lugar en donde al fin
olvidáramos los nombres repetidos

ni aldonza lorenzo ni dulcinea del toboso ni la señora de nadie ni la labradora simple
un lugar en donde yo fuera yo
sin la fantasía prestada

sin salir de un libro ajeno (todo el mundo me nombra y no aparezco cuándo se vio nunca escrita una protagonista tan volátil tan enclenque de relato así de impuesto)
ni de la vida prosaica esta vez

escribir mi historia

reconciliar mis realidades
construirlas más allá al otro lado
de las sílabas de mi nombre

ni el que escogieron mis padres
ni el que inventó él
sino yo abrir los ojos al fin abrirlos y no volver a cerrarlos
abrir la boca para gritar déjeme en paz señor para gritar soy yo o para convertirme en esa mujer que él inventaba esa que amaba tanto y defendía con su vida con su honra con la fuerza de su brazo esa por la que se estrellaba y se golpeaba y se daba a trancazos contra el mundo

o convertirme mejor en quien a mí me parezca
dibujarme a mí misma
imaginarme nombrarme
elegir mis palabras
ser mi propia narradora

yo en primera persona y no en tercera ausente en tercera silenciada

mirar para allá
hacia donde tenga voz

dice que me vio en una cueva y no sé si quedarme en esa cueva o si él estaba dormido
loco dentro de su locura

dice que me vio en una cueva y no sé de encantamientos
pero quiero desencantarme sola

30 que se vaya que se vaya él con su escudero llama ahora a sancho panza que se vaya con sus nombres y apodos y pronombres con sus frases enrevesadas que se busque otra señora que le busque a sus desvelos otra dueña que atraviese otro lugar que no me quiebre el camino para seguir andando

al fin desencantarme que se vaya o escoger mi encantamiento

ir justamente a donde me lleve yo
que me guíe el mapa exacto que tracen mis palabras

EL CABALLERO DE LOS ESPEJOS

yo también quería jugar volverme caballero andar por las praderas
y acumular hazañas para honrar a mi doncella casildea de vandalia

el caballero de los espejos el de la blanca luna
cualquier nombre para retar a duelo a don quijote
con unas palabras más fuertes que esta espada
y no ser solo su reflejo su imagen borrosa su caricatura
no un espejo cóncavo

sino quebrar los espejos:

ser su enemigo doblegarlo obligarlo a volver
y a quedarse en su casa
encerrado en el nombre del hidalgo

pero es con estas palabras que suenan como las suyas
con esta lógica que él mismo le robó a los libros
que son más viejos que él mucho más viejos

y yo me cansé de leerlos sentado
de pensar y pensar y pensar con la cabeza sin salir de mi escritorio de estudiante

ahora elijo la vida
adiós cabeza
las aventuras el peligro elijo la locura así tenga que fingir curar a un loco

porque yo sansón carrasco
antes de ser el maestro del teatro es el disfraz más hábil esta máscara:
la misma representación encarnada

tuve que actuar para mostrar mi cara
tuve que enmascararme para ser libre al fin y revelarme:

yo sansón carrasco

quería ser caballero
quería este desatino
tocar la sinrazón darle la mano

para no quedarme aquí ahogado
en lo lógico y posible:
la poesía se ocupa de las cosas como debían haber sido
la historia de como fueron

yo quería la batalla que debió haber sido
y no el razonamiento que fue

y no quedarme en los libros del otro lado de la página
no cerrar las tapas y estar expulsado para siempre y volver a ser
el bachiller sansón carrasco
sino seguir leyendo: vivir como quien lee

sansón carrasco el que leyó la historia de don quijote de la mancha
sansón carrasco envuelto en ese relato pero del lado de la cordura
del lado de lo verosímil lo necesario la tragedia de aristóteles

yo sansón carrasco

yo el caballero de los espejos para que salgan volando por fin las armaduras
y ser mi propio yelmo
ser mi caballo
ser el ritmo de mi historia

escribir aventuras en donde sea yo yo yo ningún espejo yo no reflejar a nadie
no imitar a don quijote

ganando las batallas
honrando a las doncellas
doblegando a los gigantes

que me imiten a mí los futuros caballeros

32 yo el caballero de la blanca luna
he de vencer a don quijote

para enjaularlo
encerrarlo
amarrarlo

y poder enloquecer tranquilo sin rival

yo sansón carrasco
ningún bachiller
y mala hora para cide hamete

porque de tantos espejos va borrándose
quién es él dónde están sus costuras cómo es que cuenta tantas historias enredadas
perdiendo hasta la forma de su sombra

hasta que quede yo solo yo con mi espada yo con mi armadura
yo con estas palabras tan mías yo que soy esta voz

yo
el narrador jamás vencido

DON QUIJOTE ENJAULADO

nunca supe de otro caballero nunca leí de ninguno que llevaran así en una jaula
minúscula
estoy acurrucado
me duelen los músculos
y aquí en el encierro comienza la nostalgia

de lo que pude
de lo que fui
de haber sido derrotado
y qué hago ahora

aquí
desde la jaula
inventar un idilio que esté hecho de palabras
construido por ejemplo con versos de pastores:

un *locus amoenus* por encima de los barrotes

un espacio abierto

donde pueda imaginar una batalla que se repita una y otra vez

hasta que algo cambia
un giro de fortuna
y logro vencer al caballero de los espejos
y puedo quedarme en esta casa es decir la fantasía que inventé para salvarme

puedo volver y al fin desencantar a dulcinea la señora de mis pensamientos la más
fermosa doncella

para cantarle los versos que voy tejiendo ahora desde el encierro
desde los huesos quebrados
desde los codos y las rodillas que me tallan por tanto doblarse tanto replegarse
tanto contenerse hacia adentro porque no hay salida

y no hablo del encierro de la jaula
hablo de la jaula de la vida
hablo de la melancolía que empieza a invadirme de pronto como el hormiguelo en
los dedos por no poder moverme

hablo de la melancolía que me susurra al oído tú eres alonso quijano
tú eres el hidalgo triste
que añora sus libros para vivir en ellos
pero no tiene lanzas ni escudos ni fue armado caballero
y sus castillos son ventas
y sus yelmos son bacías

hablo de la melancolía
más allá de esta jaula que prefiero mil veces a la jaula que me espera
a la jaula que es mi casa

y mi sobrina diciendo señor tío y el cura y el barbero pidiéndome que sea justo y
sabio tan acertado el quijano tan correcto

yo quería enloquecer
para ser libre
quería arremeter contra la cordura como contra esos molinos de viento que yo vi
gigantes
porque eran gigantes

así como esta jaula puede ser también mi tabla de rescate
mi último asidero ante el naufragio

estoy encerrado

como ningún caballero andante jamás fue arrastrado por perder una batalla

estoy enjaulado

como rareza de circo que llevan de vuelta a algún lugar de la mancha de cuyo nombre ahora sí que no quiero acordarme por favor que se me olvide

a algún lugar de la mancha en donde voy a perder lo poco que me queda de ser libre a fuerza de palabras

por eso es que ahora canto y canto y canto al campo abierto
por eso ahora quiero quedarme y detener el tiempo en esta jaula
y sentir el dolor en los huesos
que me recuerda que estoy vivo
que estoy quebrado porque soy Yo Don Quijote de La Mancha

quebrado pero libre

aquí enjaulado veo el cielo altísimo
el aire fresco de la montaña
la melodía de los pájaros
más allá de los barrotes
oigo los versos que me cantan y los canto enamorado
toco cada palabra una por una quiero sentirles la textura el tono el engranaje
las rimas consonantes
los símiles las metáforas
en el sonido de cada sílaba me va la vida lo presiento

quiero quedarme para siempre
a salvo
enjaulado y a salvo

aquí estoy yo don quijote de la mancha aferrándome a mi voz

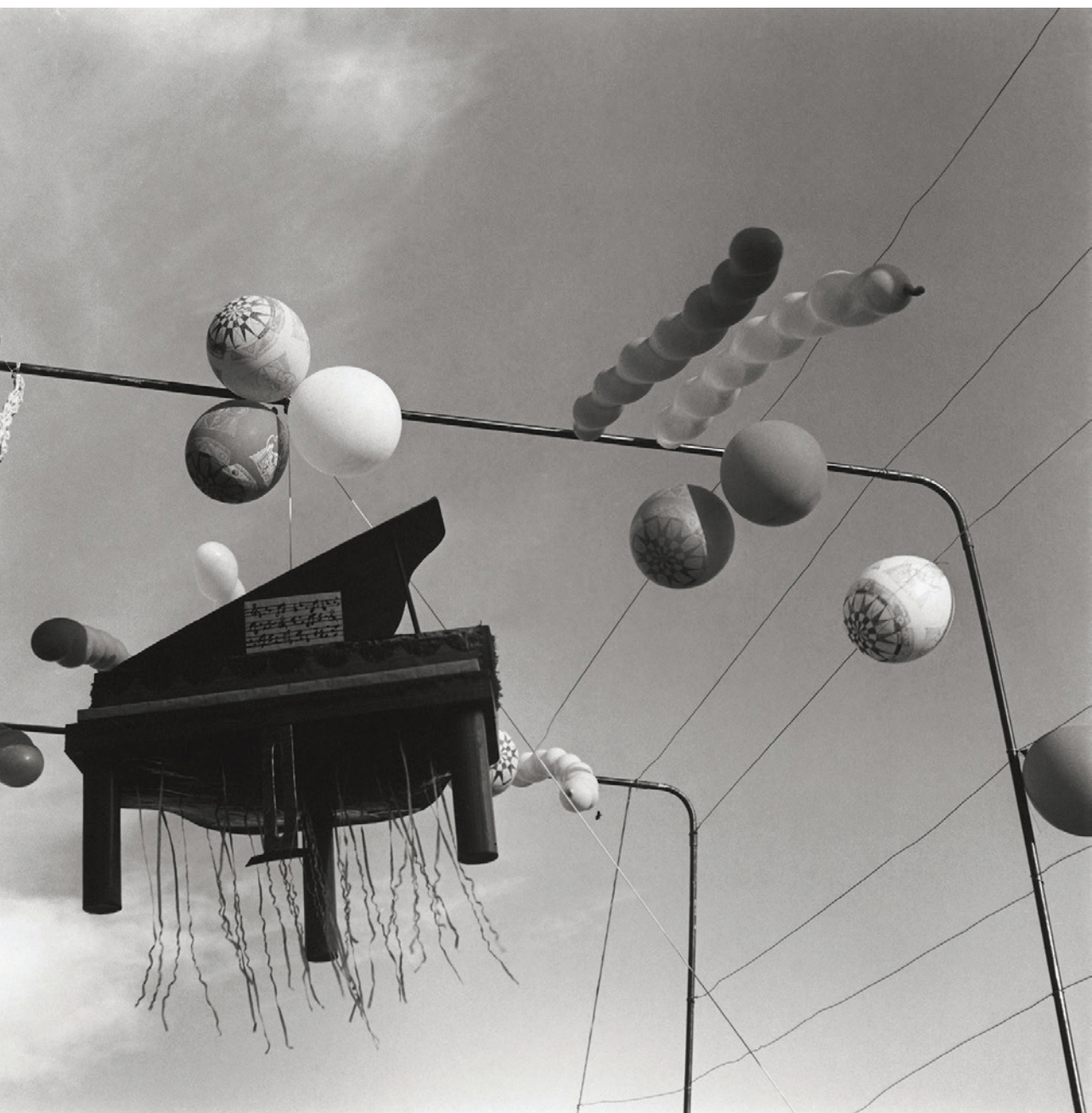
María Gómez Lara (Bogotá, 1989) estudió literatura en la Universidad de los Andes de Bogotá. Tiene una maestría en escritura creativa en español por la Universidad de Nueva York y otra en literaturas y lenguas romances por la Universidad de Harvard, donde actualmente es candidata a doctorado en poesía latinoamericana.

*Ha publicado los poemarios: **Después del horizonte** (Caza de Libros, Bogotá, 2012), **Contratono** (XXVII Premio Internacional de Poesía Fundación Loewe a la Creación Joven, Visor, Madrid, 2015; traducido al portugués por Nuno Júdice bajo el título *Nó de sombras*) y **El lugar de las palabras** (Pre-Textos, Valencia, 2020).*

Los cuatro poemas que aquí se publican forman parte del libro inédito
Don Quijote a voces









ROSSELLA DI PAOLO

LA NOCHE OSCURA

«a oscuras, y en celada,
estando ya mi casa sosegada».

SAN JUAN DE LA CRUZ

En una noche oscura
seis cajas de libros, un vestido, la máquina
de escribir con ansias, en amores inflamada.
Mi madre gritando en la escalera, mis hermanos
los pelos arrancados
¡que no lo sepa nadie!
¡oh dichosa ventura!
una mujer sola, en Lima, qué dirán
salí sin ser notada
qué dirán: puta en cierne
estando ya mi casa sosegada.

En la noche dichosa
en secreto que nadie me veía
en un taxi negro hacia otra habitación
sin otra luz que mi rabia por vivir
y escribir lo que viviera

y esas clases que dictar ajustándome a la lengua
lo que en el corazón ardía:
una mujer sola, en Lima, qué dirán
qué dirán, puta en cierne.
Putas con burdel tapizado de libros
mi cama de combate con tantas palabras que poner
y enderezar
el poema en mi cuello
y todos mis sentidos suspendidos.

Todos no, que allí tuve yo los ojos para verte
de lejos la cabeza, tu adelantada frente
oh noche que guiaste la habitación al lado
oh noche amable más que la alborada
hombros bravos de toro, suaves ojos de toro
oh noche que juntaste
su risa con la mía, su leche en mi café
amado con amada
y el beso en el abismo, los círculos de fuego
amada en el amado transformada.

Quedéme y olvidéme
el rostro recliné sobre ti
el rostro, el vientre, los muslos...

Cesó todo y dejéme
dejando mi cuidado, el llanto del domingo,
la honra de mi casa
todo
entre las azucenas olvidado.

De *Piel alzada* (1993)

SAL SI PUEDES II

Vivo en la casa de la poesía.
Subo despacio sus escaleras
y también, saltando, las bajo.
Me siento en la silla de la poesía,
duermo en su cama, como en su plato.
La poesía tiene ventanas
por donde se deja caer
mañanas y tardes,
y bien me cuelga una lágrima
bien sopla hasta tumbarla / Con esto
quiero decir que trae
curitas y heridas
en la misma canasta.
Yo quiero tanto a la poesía que a veces creo
que no la quiero / Ella me mira,
mueve la cabeza y sigue tejiendo
poesía.
Como siempre, me quedará grande.
Pero cómo decirle / cómo decirle
quiero salir / quiero freír
honestamente mis espárragos...
Ya la veo alcanzándome
con su botella de aceite
y su loca sartén.
Ya la veo,
con su atadito de espárragos
saliéndole de la manga.
Ah su frescura / su fulgor desordenado
y el demorado compás con que me cerca.
Y yo me rindo / me rindo siempre porque vivo
en la casa de la poesía / porque subo
las escaleras de la poesía
y porque también las bajo.

POEMAS DE ENCIERRO

GARÚA

Hoy amaneció llovido
un agua fría
que se refugia
en mi patio
en la maceta de geranios
o en el breve pasto ante la puerta
por estos días
todos cabemos en casa
todos nos quedamos en casa
hasta el cielo entero
disfrazado de agüita.

PINTURA DE AVES

a Francesco, a Giotto

Pájaros negros beben agua
en el plato de la maceta
o en el jardín recién regado
y se van
no necesitan nada de mí
les basta que yo atienda
a los geranios
al pasto
para ponerse en la fila
de los bienaventurados.

UNA PANTERA

A R.M. Rilke,
Le Jardin des Plantes, París

En el garaje
voy y vengo por la jungla
de barrotes
como una bestia herida
no descanso
soy una pantera
negra joya
de la corona
atrapada
en su curva eterna
en su perpetua vuelta
sin esperar
más vida
que esta.

(inéditos)

Rossella di Paolo (Lima, 1960) escribió cuentos y argumentos para funciones de títeres a los 8 años. Estudió Letras en la Pontificia Universidad Católica del Perú y ejerció la docencia universitaria de Lengua y Literatura hasta 2012. Entre 1988 y 1991, trabajó en la revista La Tortuga, donde publicó entrevistas, reseñas y humor. Ha participado, además, en actividades multidisciplinares de poesía, pintura y fotografía. Actualmente, dicta talleres de creación poética, destacando como formadora de lectores y escritores.

Sus libros de poemas son: **Prueba de galera** (Antares, Lima, 1985), **Continuidad de los cuadros** (Antares, Lima, 1988), **Piel alzada** (Colmillo Blanco, Lima, 1993), **Tablillas de San Lázaro** (Fondo Editorial PUCP, Lima, 2001) y **La silla en el mar** (Premio Luces del diario El Comercio, Peisa, Lima, 2016).

En 2019, es homenajeada durante el Primer Encuentro de Escritoras Peruanas, organizado por el Instituto Cultural Peruano Norteamericano. En 2020, obtuvo el Premio Casa de la Literatura Peruana y el Ministerio de Cultura de su país le concedió la distinción de Personalidad Meritoria de la Cultura.



© TOM QUIROZ MEJIA (CASA DE LA LITERATURA PERUANA)

Mate burilado de Irma Poma

AL RECIBIR EL PREMIO CASA DE LA LITERATURA PERUANA

ROSSELLA DI PAOLO

Amigas y amigos:

Recibir un premio relevante como este en tiempos tan duros puede parecer un contrasentido. Infectados y muertos caen de un lado y de otro por el COVID-19. En el Perú, esto viene siendo particularmente grave, por las malas condiciones sanitarias que arrastramos hace siglos.

Estoy aquí para agradecer a la Casa de la Literatura Peruana por su enorme generosidad en la persona de su directora Milagros Saldarriaga, y en el grupo humano que trabaja con ella. Agradecer asimismo un precioso presente conmemorativo, obra de la artista Irma Poma, de Junín: un mate burilado con escenas sobre mi vida y mi trabajo. Casi el *Aleph* de Borges... pues recorrer con los ojos su superficie podría revelar más de mí que todo lo que yo pueda decirles.*

Agradecer también a mi esposo, a mi familia, a mis amigas y amigos, a mis maestros y a los poetas que son, o han sido, en nuestro país o en otros puntos geográficos, y que me han dado un empujoncito o un palo en la cabeza para que yo esté aquí en estado de sorpresa, rodeada por el afecto de esta Casa y de todos ustedes que me quieren convencer de que un premio de tanta importancia no se siente extraño entre mis manos.

Casa de la Literatura Peruana... recuerdo cómo me gustó ese nombre sencillo, cálido, doméstico, que llevaba a imaginar puertas abiertas, escaleras que conducían a habitaciones iluminadas y muchos libros.

De pronto, deseo compartir mi emoción respecto de una casa. Mi familia puede dar fe de mi evocación constante, casi obsesiva de la casa donde crecimos mis hermanos y yo. Una casa en Santa Beatriz, con sus persianas de madera y sus libros, y un jardín donde jugábamos con una pelota que aterrizaba siempre en el patio de la vecina; un jardín además que tenía una parra que era nuestra ola gigantesca cuando imaginábamos estar en la playa. Con habitaciones que nos vieron caminar y hablar, y leer y escribir por primera vez, y en mi caso arrodillada sobre el piso de madera porque así podía sentir que mis pequeños cuentos y dibujos eran parte de nuestros juegos. Una casa que seguí visitando en sueños, aunque ya nos hubiésemos mudado a otra, cuando yo tenía 12 años, y que buscaba siempre con la mirada cuando pasaba cerca. Hasta que una noche descubrí con estupor que la habían tirado abajo. Mi casa me había abandonado, se me había muerto.

* El mate mide 1.08 cm de circunferencia y 48 cm de alto.

Me agaché para recoger un pedacito de pared. Aquí está, en este vaso, y fantaseo con que, a partir de ese mínimo escombros, mi casa se está reconstruyendo en algún lugar con mis hermanos bajando y riendo por el pasamano de su escalera. Mientras volvía del desastre, recordé el poema de Leopoldo Chariarse:

La casa blanca hasta en sueños
traía la yedra
barca irrumpiendo a través de las flores
como una nube en el calor del verano
la habrán hundido
le habrán arrancado los ojos.
(«El verano y la casa»)

*

El que haya sido una Casa la que me otorga este premio, me llena de honor y maravilla. Una Casa con cuya larga escalera también se puede jugar, pues grada sobre grada suben y bajan versos de nuestros poetas; y sus paredes sostienen textos, fotografías o dibujos de escritores para niños y para adultos, y que durante estos 11 años fueron homenajeados en exhibiciones estéticas y bien documentadas, en conversatorios, o ediciones facsimilares de sus obras.

Una casa llena de libros que disfruto visitar. Allí, sus ángeles anfitriones nos conducen de sala en sala por las vidas y obras de nuestros autores. En lo personal, me sentí halagada cuando me propusieron guiar al público un sábado en la tarde, junto con Yaneth Sucasaca, en la exposición *La vida sin plazos / Escritoras en la ciudad de los 90*, pues allí estábamos, en poemas y cuentos, en fotografías y grabaciones, mis compañeras escritoras, de quienes aprendo siempre: Rocío Silva Santisteban, Giovanna Pollarolo, Mariela Dreyfus, Carmen Ollé, Patricia Alba, May Rivas, Ana María Gazzolo, Patricia De Souza, Elba Luján, Marcela Robles, Tatiana Berger, Pilar Dughi, Mariella Sala, Grecia Cáceres, Doris Moromisato, Doris Bayly, Dalmacia Ruiz Rosas, Marita Troiano, Rosina Valcárcel o Irma del Águila. Ellas y poetas y narradoras más jóvenes, como Montserrat Álvarez, Roxana Crisólogo o Victoria Guerrero, empezaron a hacerse oír con fuerza desde los años ochenta. Sin duda, el magisterio de Blanca Varela y de autoras que la antecedieron como Amarilis, nos fortalecía, nos hacía sentir que podíamos entrar en la preciosa cancha literaria de igual a igual con nuestros compañeros escritores.

*

«Hace cien años, había en medio de un bosque una casa muy vieja. Nadie sabía bien cuántos años tenía...»

Así comenzaba *Viajes de Kásperle* de Josephine Siebe, que mi madre me regaló una mañana de sarampión. Recuerdo su sonrisa al correr hacia mi cama y poner el libro en mis manos y contarme que, al entrar a una librería del centro de Lima, le llamó la atención el nombre de Kásperle, pues yo le hablaba siempre de él al volver

del *Kindergarten*, cuando en el teatrín aparecía este títere que ponía a todos de cabeza. Mi madre descubrió después que había seis novelas más. Hoy sus páginas me devuelven como por un tobogán a la felicidad de tener 7 años (y sarampión), a la nostalgia por mi antigua casa con todos mis hermanos; a la sonrisa de mi madre, a sus dotes detectivescas, a su contagioso amor por los libros.

Lleva razón la reciente Nobel, Louise Glück, cuando escribe:

Miramos el mundo una sola vez, en la infancia.
El resto es memoria.



© TOM QUIROZ MEJIA

*

Quizá porque la Casa de la Literatura ocupa la Estación Desamparados me viene con más fuerza agradecer a mi padre, pues por él conocimos casi todo el Perú. Él se ponía sus mitones y su sombrero y nos metía a todos en el auto, a mamá y a nosotros cinco, para llevarnos por los arenales de la costa, los precipicios de los Andes y todos los verdes posibles de la ceja de montaña. Mucho de eso se me coló también en poemas y acuarelas.

Mi padre, médico, me regaló un microscopio que casi me arrastra a ser bióloga desde que descubrí a una ameba mirándome fijamente desde una gota de agua. Él también tuvo la paciencia de enseñarme a montar bicicleta. Más tarde, de mis recorridos por el malecón Cisneros hasta la Herradura, nacieron algunos versos mientras llevaba el mar –como un loro hablador– en el hombro derecho o en el izquierdo según fuera o volviera.

*

Allá o acá en mi infancia, está también *Peter Pan*, que yo leía al regresar del colegio alemán Santa Úrsula, que me llevaba a pronunciar PEter y no PIter.

Yo estaba encamotada con ese Peter Pan. O con su fantástica isla donde nunca jamás nadie se hacía grande. Y yo no quería ser grande. De ese libro me gustaría contar ahora el momento en que Wendy cae sobre la hierba con una flecha clavada en el corazón..., pero no se muere. ¿Por qué? Porque la bellota que colgaba de su cuello como una medalla detuvo en seco la punta de la flecha. Yo, cándida lectora, estaba convencida de que era un milagro; de que la niña se había salvado por una fuerza muy superior a los fríos y calculados movimientos de un escritor. Ese señor escritor era un distraído. Casi había dejado morir a Wendy. Que la flecha impactara precisamente en la bellota, que Wendy llevara precisamente la bellota, era un milagro (o dos), y de seguro James Matthew Barrie había dado un suspiro de alivio tan grande como el mío.

En ese momento se me hizo muy claro que los escritores no eran seres tan confiables como creía, y que en ocasiones sus personajes debían resolver sus problemas solos o con la ayuda de los milagros, o con mi ayuda, de ser posible, pues junto con la decepción, se me ocurrió llevar un cuaderno mientras leyese un libro. Lo que yo escribiera en ese cuaderno ayudaría a mis personajes favoritos a salvarse de las distracciones de sus creadores. En mis páginas no se me iba a morir nadie, aunque debo reconocer que haría una escandalosa excepción con el Capitán Garfio.

En realidad, nunca llegué a comprar el cuaderno donde se salvarían todos mis compañeros, pero sí a robar hojas *bulky* del escritorio de mi padre para componer mis propios cuentos, arrodillada en el piso. Cuentos cuyos personajes eran enanos, escritos primero con lápiz y luego con mi lapicero Pelikan, y con mi letra y errores de ortografía horribles.

Aún conservo esas pequeñas historias de tres páginas, que yo dibujaba, cosía (las grapas me asustaban) y acomodaba luego en el estante sobre mi cama. El mismo estante que pocos años después empezaría a sostener devotamente todas las novelas de Julio Verne. De más está decir que cuando el capitán Nemo irrumpió en la paz de mi habitación, no quedó ahí ni la sombra de Peter Pan, y menos, mucho menos, la de mis enanos. Pero esa es otra historia...

*

La poesía llegó a los 14 años, gracias a un poema de Martín Adán que descubrí en un afiche que estaba en un corredor de mi colegio:

EL SOL

El sol brincó en el árbol.
Después, todo fue pájaros.
Lejos, caía lluvia

del cielo de tus manos
–un cielo pequeñito, lívido, solitario–
Hora el cielo es distancia,
ceguedad, aletazo...
El sol tiene en el árbol inquietudes de pájaro.

Algo me ocurrió en el momento de leerlo, un mareo quizá equivalente al «llamado» del que hablan los religiosos. Recuerdo haberme dicho: «Aquí sí se puede estar». Días después, en el curso de literatura del colegio que dictaba María Gracia Martínez, analizamos estos versos de Javier Sologuren, y reaccioné de un modo parecido:

Árbol, altar de ramas,
de pájaros, de hojas,
de sombra rumorosa;
en tu ofrenda callada,
en tu sereno anhelo,
hay soledad poblada
de luz de tierra y cielo.

Pasaron algunas semanas y entonces escribí en un cuaderno, sentada en el extremo de un sofá, bajo la luz de la lámpara, mi primer poema... en el que un caminante equivoca el camino a la ciudad y termina en lo alto de una montaña, donde muere bajo el sol y entre los árboles. Sin duda, Adán, Sologuren, y don Antonio Machado, a quien también leí, estuvieron metidos en mi corazón y entre mis dedos. Su capacidad para transmitir de golpe distintas imágenes y sensaciones me sedujeron. Por eso admiro también los haikus japoneses. Es lo que llamo la tensión de una gota de agua. Nada se desparrama, nada parlotea. La pura apretada tensión de una gota de agua.

*

¿Por qué escribí? ¿Por qué continué haciéndolo? Quizá porque necesito ordenar y desordenar algunas cosas, y las palabras me ayudan. Cuando lo que hay dentro y fuera de mí está muy inmóvil, las palabras les mueven el piso. Cuando todo está muy tembleque u oscuro, las palabras aquietan, iluminan un poco. Por donde pasan las palabras nada permanece igual.

*

Recuerdo con alegría mis tiempos escolares y los estudios generales en la Unifé y luego en la facultad de literatura de la Universidad Católica. También recuerdo mis viajes en los micros para asistir a clases o dictarlas en distintos sitios de Lima, siempre con ansiedad, pues vivíamos los años demenciales del terrorismo. Pero había corazón para aprender de nuestros maestros: Susana Reisz, Carlos Gatti, Ricardo Gonzáles Vigil, Wáshington Delgado, Carlos Eduardo Zavaleta, y de mis



© TOM QUIROZ-MEJIA

compañeros de carpetas y cafeterías con quienes abrazábamos la vida en los recitales de poesía y música: Eduardo Chirinos, Giovanna Pollarolo, Paco Tumi, Lucho Rebaza, Alejandro Sustí, José Alberto Bravo de Rueda...

A los 25 años publiqué *Prueba de galera*, finamente editado por Alberto Benavides Ganoza, amigo mío, filósofo y poeta que me alentó a sacarlo a la luz con su sello Antares.

*

En la novela de Paul Auster *El Palacio de la Luna*, el protagonista, Marco Stanley Fogg, nos cuenta que, apenas mudado a un departamento vacío en Nueva York, recibió como regalo la biblioteca de su tío en la forma de setenta y seis cajas de cartón. Como sus casi nulos recursos le impedían comprarse muebles, Fogg se dedicó a convertir las cajas llenas de libros en un «mobiliario imaginario». Esta tarea era, en sus propias palabras «algo parecido a armar un rompecabezas: agrupar las cajas de cartón en configuraciones modulares, ponerlas en hilera, apilarlas [...] Un grupo de dieciséis me sirvió de soporte para el colchón, otro grupo de doce se convirtió en una mesa, otros de siete se convirtieron en sillas, uno de dos en cabecera».

Aislado, sin trabajo y con pasión sostenida, Fogg se dedicó a devorar sus muebles, es decir, a leer, y luego a cambiar los libros por algo de dinero para comprar leche en polvo, pan y café instantáneo.

La idea de esa termita humana que se despacha a la vez sus muebles y los mejores años de su vida, me sobrecoge y a la vez me llena de envidia. Qué maravilla

habitar una especie de mundo paralelo donde todos los objetos son en realidad libros, y disponer de tiempo y silencio para descifrar ese paisaje, aun cuando el resultado sea una habitación pelada y la más terrible enajenación.

Pero dejémonos de cosas, en el fondo, todo lector sabe, quizá con desencanto (o quizá no), que pretender encontrar intensidad y altura más allá del cerco imaginario que crean los libros es una idea extravagante.

Seguramente mi esposo Henry piensa igual, pues en nuestra casa los libros ocupan todas las habitaciones, y ambos nos sumergimos en lecturas casi comparadas, pues de pronto él alza la cabeza y me lee esto, y yo, a mi vez, aquello... y así anudamos a Sigmund Freud con Jorge Eduardo Eielson, Edith Södergran y José Watanabe; a Bertrand Russell con *País de Jauja* de Edgardo Rivera Martínez y *La guerra del fin del mundo* de Mario Vargas Llosa; y allá entre las estrellas a Stephen Hawking con *La noche oscura* de San Juan de la Cruz o *Las inmensas preguntas celestes* de Toño Cisneros.

Hace varios años Henry y yo volvimos a visitar el Convento de Santa Catalina, en Arequipa, y pensé, en términos muy profanos, en lo mucho que me gustaría ser una «lectora de clausura». La conjunción de muros espesos y tiempos dilatados me hizo agua la boca. Le di un rápido codazo a Henry y sonreí, y sonrió, cuando le dije que debíamos alquilar una celda allí y recogernos a leer por los siglos de los siglos...

Bueno, creo que ya va siendo tiempo de ponerles llave a tantos recuerdos.

Agradezco nuevamente a Milagros Saldarriaga y a las personas que la secundan, con Jaime Cabrera a la cabeza. Ellos son Julia Ponce, Yaneth Sucasaca, Liliana Com, Jenny La Fuente, Berenice Solís, Ricardo Flores, Pershing Roncal, Hándrez García, Tom Quiroz, Edwin Matos, Diego Díaz y Sandro Castillo. Todos ellos me acompañaron, trabajando minuciosamente en investigar, filmar, fotografiar y redactar el periódico conmemorativo... Compartimos varias jornadas, pero creo que nunca olvidaremos cuando nos subimos a un taxi con una silla para las fotos, por aquello de *La silla en el mar*, título que casi se volvió literal pues tuvimos que pelear con una ola para que no se llevara la silla inmóvil de Bartleby por los mundos empapados de Ahab.

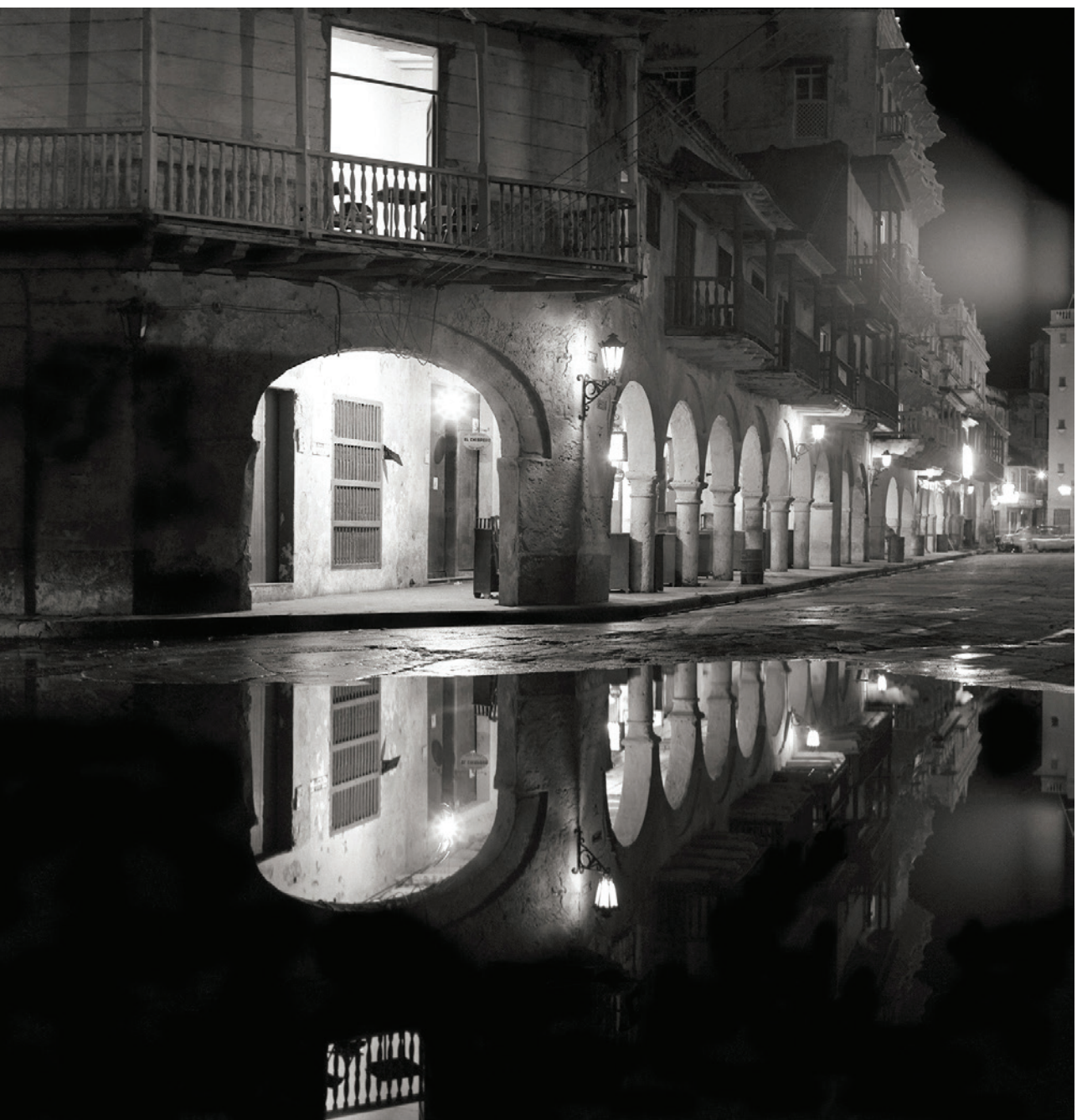
El mar, como la poesía, es una sorpresa interminable.

Gracias.

Lima, 20 de octubre 2020









LOLA MASCARELL

LA HORA DEL RIEGO

«...Y qué importa
que impida la trilla o queme el trigo
si nos hizo creer que era la vida».

CLAUDIO RODRÍGUEZ

Hace tanto que no veo llover
que he olvidado llover sobre las cosas
como antes lo hacía,
descargando de lluvia cada poro,
cada gota de mí sobre la tierra.

Una extraña sequía
de tiempo sin cosecha
se ha hecho hueco en mi voz,
pero ahora llueve
y he salido al jardín a ver el mundo
deshacerse en el agua.

He sentido vibrar, muy hondas, las raíces
del níspero y el pino,
los sedientos retoños del jazmín.
He visto florecer la hierbaluisa,

el geranio y la menta
y esa rama pequeña de lavanda
que a punto de vencerse aún resiste.

He visto mis palabras
desleírse en el polvo y en la aguja
que se mece en el pino sin caer.

Escribir poesía
es cuidar un jardín
donde solo germina lo que muere.

CASA NUESTRA

El día ha terminado.
Inmersos en la tregua de la casa
conversamos sin prisa,
sin ninguna inquietud más que el anhelo
de estar en ese instante y compartir
las cosechas del día.

Está el balcón abierto
al patio de manzanas
y en la brisa nocturna,
tempranamente cálida,
se perciben compases de otras vidas:
cubiertos que se rozan,
el murmullo incesante de una tele,
la voz de una mujer
que habla por teléfono.

Todo va en esa calma
prendido en alfileres,
alzándose entre luces mientras cesa
el día al otro lado
y yo escucho tu voz que se deshace
al lado de mi voz,
el aire que golpea una colcha tendida,
un timbre que pregunta.

¿Cuántos antes que yo
sintieron una calma parecida,
cuántos vieron pararse
la vida en una balsa
de tiempo donde nada
parece fugitivo?

El día ha terminado y nuestra casa
prolonga en su quietud
un minuto de dicha sin dolor.

De pronto se ha encendido una ventana.

Y YO A TI

En el último acorde de la noche,
cuando ya la conciencia se deshace
satisfecha y disuelta en su descanso,
el juego de la voz dice muy quedo
un *yo a ti* que se queda balbuciendo
y que abre las compuertas de la infancia
otra vez con mi abuela a su regazo
y un *te quiero* que iba y que venía
de su voz a la mía respondiendo
y yo a ti que es el dicho que decía
mi abuelo cuando ella
le decía te quiero y que encerraba
la luz de resonancia en el pronombre,
de tú a ti a mi presente, a mis palabras,
que son tuyas también, de vuelta siempre,
mientras va deshaciendo la conciencia
su madeja de sueño y se me traba
al final de la frase
un más, *que yo a ti más*, un solo adverbio,
un más que nunca es siempre y es eterno.

CALA DEL FRANCÉS

Entonces todo adquiere
un brillo inexplicable,
el mar se arremolina entre mis brazos,
hincha el viento las nubes que recorren
mi horizonte y el sol las colorea.

Más azul late en vilo el oleaje
y más blanda mi alma que se deja
mecer por este flujo de palabras,
de ritmos y de peces
y de tiempo vacío.

Todo desaparece si lo nombras
y a la vez es el nombre quien otorga
doble vida a las cosas.

A la arena que arde junto a mí,
a la sed de infinito que nos quema,
a la estanca quietud
de los días inmóviles.

El nombre es ese día ya remoto
en que cuentas las olas en la playa
prendido en la memoria.

En el mar todo es verbo.

Lola Mascarell (Valencia, 1979) es licenciada en Ciencias de la Información y actualmente ejerce como profesora de Lengua Castellana y Literatura en un instituto público de Valencia.

*Ha publicado los libros de poemas: **Mecánica del prodigio** (Pre-Textos, Valencia, 2010), **Mientras la luz** (Premio Internacional de Poesía Emilio Prados, otorgado por la Diputación de Málaga y el Centro Cultural Generación del 27, Pre-Textos, Valencia, 2013) y **Un vaso de agua** (Pre-Textos, Valencia, 2018).*

*En 2012, apareció en la editorial Cocó, su ensayo **Palabras en el yunque.***

Memorias de un taller de escritura.

*Sus artículos más recientes pueden leerse en su blog personal:
registrodeayeres.blogspot.com*







ISABEL FRAIRE

LA FRAGILIDAD HABITABLE DE ISABEL FRAIRE

ERNESTO LUMBRERAS

En la nota final de una carta fechada en París el 27 de mayo de 1960, Octavio Paz comenta a Tomás Segovia: «Ya había leído cosas de Isabel Fraire,* que me impresionaron, en una revista de Monterrey». La publicación inferida es *Khatar-sis* (1955-1960), donde la evocada autora publicó quince poemas en el número de octubre de 1958. Deduzco que la mención del Premio Nobel tiene que ver, a comentario del destinatario, con la llegada de Fraire a la redacción de la *Revista Mexicana de Literatura*, dirigida en su segunda época (1959-1962) por Segovia. Entre las colaboraciones de la poeta en dicha revista me atrae detenerme, para derivas ulteriores, en un artículo sobre Fernando Pessoa, a propósito de la antología presentada y traducida por Paz, y publicada en 1962 en la colección *Poemas y Ensayos* de la UNAM. En ese comentario al poeta lusitano y a su poética, desliza en una nota al pie de página un punto de correspondencia entre la obra de Luis Cernuda y la de Pessoa: «Será muy útil estudiar la influencia de la literatura inglesa de discreción y escepticismo, y de cierto prosaísmo al cual se presta especialmente la lengua inglesa, en la obra de estos dos poetas». Aplicados en retrospectiva a la obra lírica de Isabel Fraire, esos tres tópicos, discreción, escepticismo y prosaísmo, cobran potestad en su aliento discursivo. Con gracia y liviandad de alambrista, su obra entera pone en tensión —es decir, en estado de zozobra y desasosiego— los valores establecidos de la belleza, la moral y lo políticamente correcto. En una cala

* Isabel Fraire (Monterrey, 1934-Ciudad de México, 2015).

de arqueología hemerográfica de los años sesenta, ratifico su visibilidad y valoración entre los nuevos poetas del periodo. No hay lugar para dudas respecto del interés de propios y extraños en torno de sus primeros trabajos. En esos poemas aéreos de eléctrica sutileza se está construyendo una «persona poética» de gran calado y versatilidad expresiva. Además de sus apariciones en las dos revistas citadas, Isabel Fraire publica poemas en la *Revista de la Universidad de México*, en *El Corno Emplumado*, en la *Revista de Bellas Artes* y en *Correspondencias*. En el número 2 de esta última publicación de ¿1967?, dirigida por Homero Aridjis y Moisés Ladrón de Guevara, forma parte de una sección titulada «Cinco poetas mexicanos» al lado de José Carlos Becerra, Francisco Cervantes, Sergio Mondragón y Gabriel Zaid. Para entonces, ya circulaba *Poesía y movimiento* (1966) y Fraire aparecía también entre las voces del primer apartado, el de los entonces poetas jóvenes, de la antología convertida en canon en las próximas décadas. Sin embargo, desde la óptica crítica de Carlos Monsiváis, donde es esencial que el poeta «expresé al siglo y al país dentro del siglo», los poemas de Isabel Fraire no aparecerán en la *Poesía mexicana del siglo XX* (1966). Con la desaprobación del tiempo transcurrido –me desentiendo de decir la historia–, las verdaderas apuestas del autor de *Amor perdido*, en materia de poesía joven, fueron fallidas a la hora de elegir a Hugo Padilla (1935) y José Antonio Montero (1936), en lugar de otras voces mejor temperadas y propositivas.

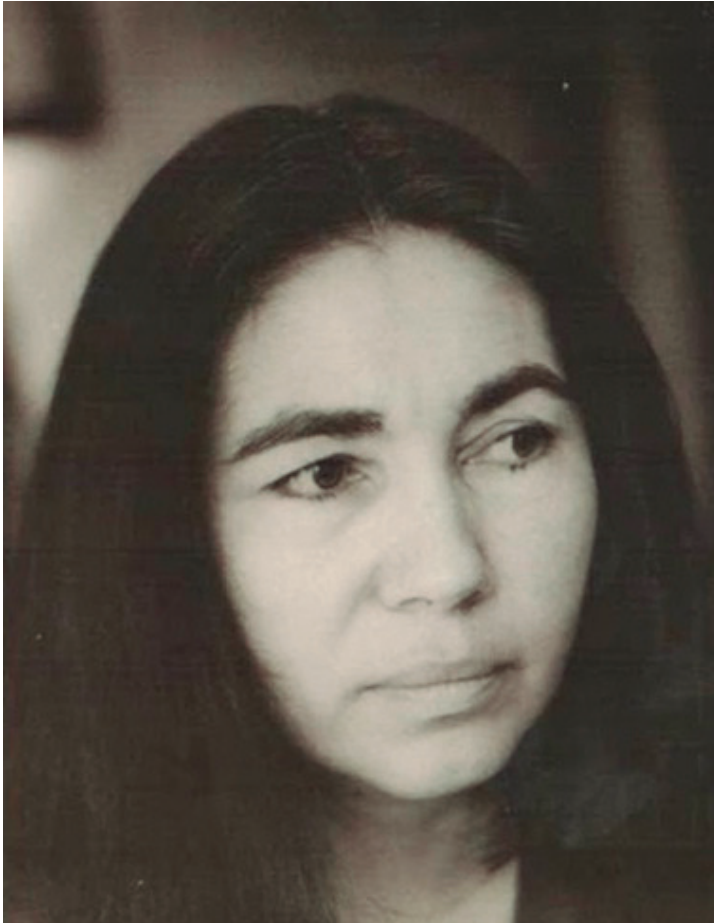
Durante buena parte de esta agitada década, la poeta escribió y pulió la mayoría de los poemas que darían cuerpo a su primer libro. Publicado en la prestigiada colección *Alacena* de la editorial ERA, *Solo esta luz* apareció en 1969. Entre los poetas de la generación de nacidos en los treinta, solo Aridjis y Becerra habían publicado en dicha colección. El diseño minimalista de Vicente Rojo apostó por una portada de colores ocres y grises: senderos que se entrecruzan y bifurcan sobre una superficie de limo marrón. Con mínimas variantes y reacomodos, los poemas publicados anteriormente en revistas adquieren, en la disposición del volumen, un sentido de la composición que acentúa la voluntad del devenir: del ser al mundo, de lo íntimo al paisaje circundante, de las palabras a las cosas. El diálogo con el epígrafe, traído de un fragmento de «Muerte sin fin» de José Gorostiza, crea una atmósfera húmeda y luminosa que se respira en cada pasaje; microclima verbal que hace posible y viable el encuentro del otro y de lo otro, sin demasiada metafísica; palabras que son carne y pensamiento, sentidos que discurren por una realidad necesitada de sentidos. En la última sección de *Solo esta luz* localizo una serie de poemas memorables. El que comienza «La guitarra tenía un sonido ácido» y el titulado «8½» anticipan los tonos y tratamientos discursivos de su siguiente libro, *Poemas en el regazo de la muerte* (1978), con el que obtuvo el Premio Xavier Villaurrutia, compartiéndolo con Ulalume González de León y Emiliano González. Para entonces, su labor de traductora de poetas ingleses y norteamericanos merecía el reconocimiento de un trabajo ejemplar; sus versiones de Eliot, Pound, Cummings, Stevens, Williams y Auden, reunidas en el volumen *Seis poetas de lengua inglesa* (1976), permearon y se adecuaron a los propósitos de su poética de esta segunda etapa. La tríada de «discreción, escepticismo y prosaísmo», ante-

riormente aludida, abrieron puertas, claraboyas y ventanales al campo y al cielo de la imaginación y de la aventura verbal. Todo objeto o enfoque de la realidad, en la mirada de la poeta, es susceptible de revelación: el ladrido de un perro, un pájaro gordo y negro o el cuello de una botella. ¿Qué nos impide acercarnos a esa *terra incognita* recién descubierta? El problema de tal imposibilidad es, sencillamente, lo que dirá Fraire al final de su poema, «Bueno, ¿y después de todo, para qué sirve la literatura?»: «porque desconocemos su gramática». Pequeñas fábulas y relatos, monólogos sobre asuntos nimios, divagaciones de un diario familiar, disquisiciones filosóficas en el formato de Uroboros, diálogos con la pintura y con pintores a propósito de asuntos mundanos, homenajes y confrontaciones con sus tutores espirituales, *Poemas en el regazo de la muerte* es un montaje de voces y paisajes, de edades y circunstancias, de recuerdos y aspiraciones. La disposición espacial de sus versos y de los blancos de la página –aspecto tipográfico ya presente en su *opera prima*–, más que un lujo gráfico, se revela y resuelve como una partitura musical; gracias a esos cortes, saltos y vacíos, sus poemas definen su ritmo y armonía sin apego alguno a estructuras simétricas. Se trata de un verso de impulso y espíritu peripatético que «avanza, retrocede, da un rodeo y llega siempre», diría Octavio Paz. En 1997, la Universidad Autónoma Metropolitana publicó *Puente colgante*. Poesía reunida que incorporaba, a los dos libros comentados, tres volúmenes inéditos: *Encuentros casuales*, *largamente meditadas rendiciones*, *Irse para volver* y *Atando cabos*. Con ese campo de visión es dable medir los alcances de la poesía de Fraire, sus aportaciones y especificidades dentro de la poesía mexicana. Con sus poemas, por ejemplo, se puso en entredicho el tono solemne de la poesía escrita por mujeres, se incorporó el elemento conversacional en el discurso del poema, se integraron a la temática y a la escenografía líricas referentes de la cultura pop. Su ausencia en México por varias décadas, instalada sobre todo en Nueva York, ha pesado en la estimación de su obra y en la lectura de las nuevas generaciones de poetas. Fruto de esta distancia, de estos desencuentros son los poemas que integran la sección «Viñetas del D.F.» y algunos de *Atando cabos*: conversaciones con sus compañeros de viaje, es decir, algunos escritores de la llamada generación de la Casa del Lago, y exorcismos, vagabundeos, refundaciones de la Ciudad de México, donde se impone un sentimiento de pérdida, de no pertenencia y de catástrofe inminente. Siete años después, en 2004, el FCE publica *Kaleidoscopio insomne. Poesía reunida*. Me llama la atención el guiño de la poeta con este título, reminiscencias al primer poema de *Solo esta luz*. Partidaria del tiempo circular, sabe que «ayer y hoy y nunca son ahora». Con esa certeza, Isabel Fraire ha escrito el mismo poema utilizando palabras distintas. Su momento mayor, es cierto, lo situó en *Poemas en el regazo de la muerte*, donde la escritura del poema se explora a sí misma, poniendo al descubierto sus trampas y artificios, antes de abismarse en los asuntos que competen al amor, a la muerte y al misterio de la existencia. También, a partir de finales de los setenta, la poética de la regiomontana se extiende a la zona de conflicto entre lenguaje e historia, incorporando a su temática una serie de poemas políticos en torno a las guerras centroamericanas y las intervenciones de Estados Unidos en esos escenarios. Sin ingenuidad alguna, la ética de Isabel Fraire no cede

al canto de sirenas de la militancia y ejerce, para estas piezas líricas de crítica sociopolítica, el mismo rigor y escepticismo. Con malhumor, expresa: «A veces me irrita darme cuenta de que escribir está lleno de trampas». Convencida de su frase, abunda sobre el asunto hasta que el sol capta y reproduce los movimientos de su pluma proyectando sobre el muro «una espectral cola de pavorreal». Ante tal lección venida del cielo, la poeta persiste en su tesis: «el sol es un mago que hace trampas».

*Ernesto Lumbreras (Ahualulco de Mercado, México, 1966) ha publicado, entre otros libros de poemas, **Numerosas bandas** (2010) y **Tablas de restar** (2017).*

*Como ensayista ha escrito **Oro líquido en cuenco de obsidiana. Oaxaca en la obra de Malcolm Lowry** (2015, 2019), **La mano siniestra de J.C. Orozco** (2015) y **Un acueducto infinitesimal. Ramón López Velarde en la Ciudad de México 1912-1921** (2019, Premio Mazatlán, 2020).*



ISABEL FRAIRE

«Isabel Fraire es viento. No el que perfora la roca, sino el que disemina las semillas, no el ventarrón que multiplica el trueno, sino el aire que aviva la llama. Su poesía es un continuo volar de imágenes que se disipan, reaparecen y vuelven a desaparecer. No imagen en el aire: imágenes de aire».

OCTAVIO PAZ

TU PIEL, como sábanas de arena y sábanas de agua
en remolino
tu piel, que tiene brillos de mandolina turbia
tu piel, a donde llega mi piel como a su casa
y enciende una lámpara callada
tu piel, que alimenta mis ojos
y me pone mi nombre como un vestido nuevo
tu piel que es un espejo en donde mi piel me reconoce
y mi mano perdida viene desde mi infancia y llega hasta
el momento presente y me saluda
tu piel, en donde al fin
yo estoy conmigo

DESPUÉS de una convalecencia eterna
semejante a la nada
inaugurar de nuevo la calle que brilla
inaugurar las voces, las puertas, los saludos
la manera de caminar por una calle
recobrar, uno a uno, puntos de contacto
recordar el peso, la vibración del cuerpo
los colores
sentir una sorpresa recordada
ante la curva sombreada del asfalto
y el rumor sigiloso de los árboles
y arriba la brillante, helada, redonda, blancura de

la luna que repite su insólita presencia

*para Cecilia Vicuña
chilena exiliada
en los fríos de Londres*

LLEVA la flor una semana
sola, única, sobre su tallo
resistiendo vientos
pasajeras amenazas de helada
decidida a esperar

el nacimiento de sus compañeras

OIGO un ladrido
cuánto tiempo había deseado
vivir de nuevo
en un barrio
en donde se oyera
en medio de la noche

un ladrido

AL PRINCIPIO los árboles no me gustaban
eran verdes
de un verde parejo
y su forma era un óvalo alargado
repetido
como una serie de brochazos idénticos

pero luego descubrí
abriendo la ventana
que el rumor de su follaje
es un rumor de olas
incesante
y sus hojas
presas de un temblor continuo
parpadean centellando como lentejuelas

EN CUANTO sale el sol

todo sale sobrando
basta

con abrir los ojos
desperzarse
como un gato

y todo lo demás
los sistemas
filosóficos
políticos
las profundas disquisiciones
éticas
estéticas

son solo
una manera agradable de pasar el rato
bellos garigoleos barrocos de los cuales hay que regresar
para recuperar
aquí en el sol
el goce simple de la propia piel

VUELA UN PÁJARO y se posa en una rama

llega otro
llega un tercero

luego

uno de los pájaros vuela	se posa en otra rama
vuela el segundo	se posa en la misma rama
vuela el tercero	se posa en la misma rama

de pronto

uno tras otro	se lanzan nuevamente al aire
describiendo una línea	
	levemente
	combada

TODA LA NOCHE soñé con un tigre
que amenazaba con despedazarme
y yo cerraba puertas y más puertas
atrancándolas con mi sola desesperación
mientras oía una voz que me decía
«deja entrar al tigre
déjalo entrar
no es sino la realidad»

BELLO pero desolado
el paisaje mexicano lentamente se convierte en desierto
escultura terrosa
la montaña muestra sobre el lomo
la huella de las manos
de un gigante de genio
los árboles polvosos
parecen decrecer y convertirse en vello
de cuando en cuando un viento iracundo
levanta una nube inmensa amarillenta
que borra cielo y árboles

pronto no quedará sino la tierra
y el viento
ese incansable artista
creando y destruyendo
una forma tras otra
insatisfecho

EL POEMA corre a sus anchas
pero a veces también se engarrota
se retrae paraliza y eriza
como un gato asustado
como un gato aterrado
se encharca
taladra la tierra buscando su centro

se clava en el hombre
como el alfiler

en la mariposa
inconsciente
de su propia belleza

aturdida
impotente
frustrada
congelada
olvidada
en la vitrina
de algún dios
coleccionista

EN UNA ESTACIÓN DEL METRO una niña negra
llorando balbuceando gimiendo por teléfono

me quiero ir
me quiero ir a casa

la madre

alta elegante hierática como diosa africana
o modelo de *Vogue*
flota impotente por encima de la realidad
sus paquetes lentamente se desmoronan
sus caderas no logran accionar el aparato
que da paso a los andenes

la niña no puede con el paquete

de la madre drogada
mírala chilla por teléfono mírala cómo está
y de esta estación
no se irme a mi casa

y la madre tampoco por más intentos que hace
logra regresar

del lugar invisible en que flotan sus ojos

ESA NOCHE en el restaurant chino junto al tren elevado
un negro

dándose de topes

contra las paredes

de su angustia

se negaba a marcharse

aunque había tocado

el barril sin fondo de la borrachera

su amigo un hispano blanco con acento sureño le rogaba

«Vamonos

yo te acompaño

te duermes en el tren».

«¡Déjame en paz, carajo», contestaba el otro

«si no quieres que te haga picadillo

aquí

con la navaja!»

hasta que llegó

gigantesco

tranquilo

uniformado

policía

negro

«Órale, cuate, vamonos. Ya estuvo».

y como a un niño de la mano

lo sacó

EL OLEAJE

reitera

incansable

su forma

sin temor alguno

a la monotonía

EUREKA

Me siento ante la mesa del desayuno

y
aburrida de decir todos los días
qué mañana tan maravillosa
o deprimente
o lluviosa
o gris
o... lo que sea

me digo

esta es una mañana un poco aliviada
por el hecho
de que no tiene carga emocional

pero luego levanto la mirada

y la manera

en que esa nube blanca
contrasta con el azul gris del cielo
me emociona

y de pronto me doy cuenta

la belleza está siempre con nosotros

CÓMO SE COLÓ ISABEL FRAIRE

FABIO MORÁBITO

Escribí mi novela *El lector a domicilio* en nueve meses. Lo que era inicialmente un cuento, empezó a alargarse a una velocidad sorprendente para mis ritmos de escritura, que suelen ser lentos, y el libro se escribió solo, prevalentemente en la cama, pues era a la hora de acostarme o de despertar cuando encontraba en mi cabeza los episodios que debían seguir a lo que llevaba escrito. Una excepción fue el poema de Isabel Fraire, incluido en una antología suya que la poeta me había regalado el día que nos conocimos, varios años atrás*. Ese libro yo lo tenía a la vista en mi escritorio desde hacía unos días, no recuerdo bien por qué. Estaba ahí, entre otros, esperando su turno de lectura. Lo que tengo de escritor disciplinado, lo tengo de indisciplinado en mis lecturas, que suelen ser muchas a la vez y responden casi siempre a un antojo repentino. Seguramente, mientras buscaba en mis estantes algún libro específico de poesía, me había topado con el de Fraire y lo había sacado con el propósito de releer algunos de los poemas. Acababa de terminar un apartado de mi novela y me disponía a levantarme para hacer otras cosas, cuando se me ocurrió abrir el libro de Isabel en cualquier página. Leí un poema que no me interesó mucho, pero el siguiente, un poema de amor sobre la piel del ser amado, me atrapó en seguida. Como dije, me disponía a levantarme del escritorio, dando por concluida mi jornada de escritura y sin saber cómo iba a seguir la historia, con la esperanza de que cuando fuera a acostarme esa noche, o despertando al otro día, la cama me dictara el siguiente episodio. En ese momento llevaba solo unas veinte páginas escritas y no estaba seguro de si lo que estaba escribiendo cuajaría en algo que valiera la pena. Sin embargo, siguiendo la recomendación de Hemingway, quien aconsejaba no concluir una jornada de trabajo sin dejar escrita alguna frase de aquello que iba a seguir, copié el poema de Isabel, pensando que tal vez con él podría iniciar el apartado siguiente de mi historia. Esa noche, al acostarme, la cama no me dictó nada, ni tampoco cuando desperté al otro día, pero cuando me puse a trabajar, el poema de Isabel estaba ahí, encabezando el nuevo apartado, y no me fue difícil incluirlo en la trama de la novela. En cierta forma, se había incluido él solo. Yo solo me había limitado a copiarlo, y ahora me dictó lo que debía seguir. Y lo que seguía era que Eduardo, el protagonista de mi libro que lee cuentos y novelas en casas de ancianos y jubilados, por primera vez se iba a atrever a leer un poema. Para eso debo aclarar que Eduardo

* Fue el poeta Eduardo Hurtado, amigo de Isabel Fraire, quien arregló un encuentro para que yo la conociera, aprovechando un breve viaje de Isabel Fraire a la Ciudad de México. Yo había leído poemas sueltos suyos en revistas y disfrutado enormemente una pequeña antología de poetas en lengua inglesa que ella tradujo. En esa ocasión, la primera y última en que la vi, nos acompañó también el poeta Antonio Deltoro, que también tenía deseos de conocerla.

es un mal lector. Lee con fluidez y tiene una bella voz, pero no entiende lo que lee, porque no le importa. Sus escuchas se dan cuenta y se lo reclaman. Usted lee muy bien, le dicen, pero sin calor, solo por deber. Es un reclamo legítimo. Si alguien nos lee algo en voz alta sin involucrarse mínimamente en lo que lee, nos sentimos defraudados, porque con su actitud nos está diciendo que lo que lee no vale la pena. La que más le reclama a Eduardo su desidia es Margó Benítez, la bella mujer madura clavada de por vida en una silla de ruedas a causa de un accidente del que el autor no nos revela nada. Es a ella a quien Eduardo decide leerle el poema de Isabel Fraire. Margó queda impresionada, no solo por el poema, sino por cómo lo lee Eduardo, y se lo dice: «Me refiero a la entrega, Eduardo, a la pasión. Cuando lee una novela, se ve que tiene la cabeza en otra parte y que la historia le importa un comino, pero ahora que leyó el poema su actitud cambió por completo. Lo leyó de verdad, por eso me emocionó tanto».

¿Por qué Eduardo lee la poesía de manera diferente a como lee la prosa? Él no es un aficionado a la poesía, pero ha tenido un modelo de lector de poesía en su padre, que a menudo les leía unos poemas a él y a su hermana. Ahora el padre de Eduardo está muy enfermo, afectado por un mal incurable, y Eduardo, que vive con él, lo cuida en su fase terminal. Es probable, aunque nada de eso se nos dice en la novela, que, al leer ese poema de Isabel Fraire, Eduardo lo haya leído con la voz y la entonación de su padre, que se está muriendo. Es probable, pues, que, al leerlo, lo haya hecho despidiéndose de su padre a través de los versos de Isabel Fraire; de ahí que su lectura, por primera vez, haya hecho vibrar en él una cuerda profunda. Como quiera que sea, fue a partir de ese episodio, que me fue regalado de manera totalmente casual, que sentí que lo que estaba escribiendo estaba cuajando en algo que podía valer la pena. El poema se fue convirtiendo en una pieza clave de la historia, pasando de mano en mano entre muchos de sus personajes. El padre de Eduardo, que se lo sabía de memoria, ahora que está enfermo lo recita de manera lamentable, mostrando a su hijo el grado de decrepitud física y mental al que ha llegado. Una joven actriz sin talento lo declama de manera atroz. Un maestro de canto pretende musicalizarlo, con resultados ridículos, y una familia de sordos lo recita en una fiesta de cumpleaños. Manoseado, maltratado e incomprendido, perdura sin embargo en la memoria de todos. Es un poema de amor, un elogio a la piel del ser amado, esa piel que, a pesar de haberse llenado a lo largo de los años de cicatrices y arrugas, sigue siendo el mejor refugio contra la intemperie del mundo.

Fabio Morábito (Alejandría, Egipto, 1955) ha reunido sus libros de poemas en los volúmenes **La ola que regresa** (FCE, México, 2006) y **Ventanas encendidas** (Visor, Madrid, 2012).

Autor de varios libros de relatos, ensayos y traducciones, su novela **El lector a domicilio** (Sexto Piso, México, 2018) fue reconocida con los premios Xavier Villaurrutia de Escritores para Escritores (2018) y Roger Caillois, otorgado por el PEN Club Francés (2019).







DAVID LEO GARCÍA

LA PRIMERA NOCHE

Con tu emoción albina,
mi sensación anfibia de vivir
en todas partes.

Hora de cenar,
el sonido del timbre imita un himno,
apareces vestida de todas las mujeres.
Humeante el hojaldre
como un recién nacido manual
de Historia con las páginas pegadas

y recordamos que hoy es dos mil uno:
las dos copas mirándose como torres gemelas
lo atestiguan. Pasa el peligro, bebes
con trago largo el vino rojo oscuro,
sangre sobre petróleo de Kuwait.

Redobla el funeral de la conciencia,
suena el reloj. Mil novecientos
setenta, medianoche.

Estos buñuelos de salmón salvaje
quemán como el napalm en Indochina,
como el gatillo de los subfusiles
de Stalingrado, el gas mostaza en Ypres,
la artillería ronca de Sedán.

Vaivén del retrogusto,
buffet de las memorias,
somos Napoleón en Santa Elena,
el viento del Atlántico revuelve
victorias viejas. Poros dilatados,
rosetones, músculos distendidos,
contrafuertes. Maquiavelo aconseja
ser temido, mejor que ser amado.
Gestos de rímel, voces, simetría,
vientre formado solo por calor.
Monarcas de rodillas susurrando así sea.

Catorce, trece, doce, once, diez,
el tiempo es ese invento de los artificieros.
Edad oscura, imperio de un estímulo
que resiste a los persas,
que resiste a los tirios y troyanos
y se acerca a nacer
a tu creciente fértil.

Han descubierto el fuego. Rebuscas un mechero,
fumo pensando en ritos funerarios,
se agolpan las colillas como dioses usados.

A punto de decir, desanudas los labios
la noche antes del primer lenguaje.

Retrocedemos por la evolución,
la carne vuelta alas, luego escamas,
cuerpos mojados de habitar océanos,
reducidos a células,
a una ameba partida en dos, saciada.

Te despides. La Luna
procura separarse de la Tierra

y aquí me quedo, a oscuras,
cinco minutos antes del Big Bang,
mientras las primigenias
partículas de hidrógeno
meditan si juntarse,
si merece un esfuerzo ese entusiasmo.

REVISIÓN

Aunque el dolor existe más allá del diagnóstico
y vivimos también sobre la música
recién cortada, voy a especialistas.
Quiero saber qué es esto que del pecho
se extiende hasta el costado, que incluso en ocasiones
me paraliza el brazo izquierdo.

El médico investiga mi dolencia,
le robo el aire a su consulta, ausculta
mi corazón, aspiro, espiro, quiero
decir que pare. Seguirán

presentándose estos síntomas
cuando yo sea tierra.
Dice incluso
que es muy común
este dolor del hombro
que da hasta las rodillas, que los hombres
que lo tuvieron fueron muchos. No
cabrían
en el hogar
que habito a todas horas.

Satisfecho el doctor en su escritorio
dará en caligrafías inclinadas
su resultado de la revisión
y escribirá su nombre.

Hay otra firma

para la causa de alargar mi vida.
Que llamen al siguiente. Enfermo a casa
me vuelvo, esclarecido. El duplicado
se quedó allí, el recibo de mi fiebre,
lo que han sacado en claro de lo oscuro
de mis entrañas largas. Y allí queda:

un folio al que hacen hueco otros papeles,
día de hoy con la insania de otros días,
dolor arrinconado entre otros tantos.

AGUA CORRIENTE

Tanto arreglar grifos para ver correr el agua, el agua
que riegue tu simbología de las cosas que perecen, el agua
que preste agua a tu sed incalculable, el agua
que te ayude a mirarlo todo por vez primera,
como si no hubieras pestañeado jamás,
como si los objetos hubieran dejado de inventarse,
esperando, no ya ser hasta siempre, sino haber sido desde siempre, agua
para comunicar tus órganos, para limpiarte el cráneo y convencerte
de que no eres objeto ni lavabo y convencerte
de que tienes que cumplir tus días de hombre, agua
para beber, para procurarte una eternidad,
como si ser eternos nos eximiese de ser torpes,
como si por ser eternos no se nos fueran
a estrellar los vasos de agua contra el suelo.

David Leo García (Málaga, 1988), licenciado en Filología Hispánica, disfrutó de una beca en la Fundación Antonio Gala de Córdoba en el curso 2007-2008. Actualmente reside en Barcelona, donde ha cursado estudios de ELE, crupier, crítica, guión y realización de cine.

*A los 17 años obtuvo el Premio Hiperión por **Urbi et orbi** (Madrid, 2006), ex aequo con Ben Clark, convirtiéndose en el premiado más joven de la historia del galardón. También es autor de **Dime qué** (Premio Cáceres Patrimonio de la Humanidad, DVD, Barcelona, 2011; RIL Editores, Chile, 2018) y **Nueve meses sin lenguaje** (Ultramarinos, Barcelona, 2018).*







ASMAA AZAIZEH

TRADUCCIÓN DE FRANCES SIMÁN

NO ME CREAS SI TE HABLO DE GUERRA

La guerra me preocupa. Pero me da pena escribir sobre ella. Azoto las metáforas que me pertenecen. El dolor me hace describir una bala, después retrocedo y describo un golpe emocional. Destripo las palabras y las víctimas de *Harakiri* despiertan todas, y me destripan.

No me creas si te hablo de guerra, porque cuando hablé de sangre, estaba tomando café, cuando hablé de tumbas, estaba recogiendo margaritas en *Marj Ibn Amer*, cuando describí los asesinatos, estaba escuchando las risas de mis amigos y cuando escribí acerca de un teatro incendiado en Aleppo, estaba parada frente a ti en un teatro climatizado.

No me creas si te hablo de guerra. Porque cada vez que ardieron las calles de la ciudad en un poema, el concreto se reclinaba, las lámparas se balanceaban hacia él y los profetas pasaban en paz.

Cada vez que imaginaba la piel desollada de mi padre, aún podía tocarlo después, sano y salvo, con un abrazo. Y cada vez que escuchaba el lamento de mi madre, ella me susurraba una vieja canción, y yo dormía como bebé.

Pero los sueños son cheques al portador firmados por una mujer *Hourani* de facciones indescifrables. Excepto cuando mi cuchillo no alcanza la hoja de lechuga, puedo oler el aroma de sangre de la tribu que mi abuelo ha dejado en mi cuerpo y en el suyo.

Los sueños son cheques al portador, firmados por los hijos de *Qasioun*, susurrados durante un sueño; así supe de dónde había salido el nombre de la montaña sin buscarlo en Google.

El primer cheque:

En una multitud oscura, un resplandor cae sobre mí.

En medio de una exquisita ingeniería y del tumulto de la geografía, una bala silente me atraviesa en la espalda baja,

el misterio de la multitud crece y mis oídos se cierran desde dentro. El agujero es tan fresco como la primavera, la sangre es tan cálida como la voz de mi madre cantando y tan suave como la piel de mi padre.

El segundo cheque:

Fui asediada en el lugar más sagrado del mundo. Llovían balas sobre mí, así como la palabra de Dios sobre los profetas.

Tomé una piedra que se disolvió en mis manos. Me adelanté a los soldados y el tiempo me alcanzó a mí.

Y como un gatito asustado, tuve miedo cuando un joven Cristo dormía antes de llevarnos en su espalda.

El tercer cheque:

Miedo en el Levante.

No me creas si te hablo de guerra,

porque nunca he escuchado un disparo de bala, únicamente el que mi padre disparó de su pistola de doble cañón a las palomas en *Marj Ibn Amer*. Y nunca he olido la sangre en una herida, excepto la que olí con mi madre en mi primera menstruación.

No tengo una cuenta en el banco de las guerras, pero una mujer Hourani me aseguró que mis cheques son válidos.

«NUNCA CREÍ QUE TENDRÍA QUE APRENDER A MORIR»

EMINESCU

Nunca creí que tendría que aprender a morir
no estuve cerca cuando la muerte era un regalo
pero sí estuve cuando mi abuelo pagó el precio del sudor de los trabajadores
de algodón que elaboraron su traje otomano
el precio de las millas desnudas para las mujeres de Bosnia
el precio de las lágrimas en el pecho de sus hombres antes de la guerra
el precio del estandarte de Dios
el precio de la frivolidad del emperador y la enfermedad a largo plazo

sangre balcánica goteaba en mi uniforme
los profesores encontraron votos de venganza en mi mochila
y fabricaron capítulos de historia

no estuve cuando la muerte sucedió por casualidad en el camino

pero sí estuve ahí cuando mi abuelo pagó el precio de la firma al final de la página, el precio de renunciar a su pueblo al fondo de la montaña, de quitar de él las manos de su invasor, del rebelde que le quitó las manos de encima. Con el movimiento de un bolígrafo, la tinta de mi abuelo anestesió la pendiente. Con el doblez de un papel, la montaña giró la historia; con un apretón de manos tomó la mano del valle de la boca del tanque.

Los almendros murieron del corazón, los caballos de boda se cubrieron los ojos de alheña y se suicidaron.

Nadie limpió mi etnicidad. Pero la médula espinal de la montaña se rompió. Y así se arruinó mi oportunidad de subirla juntos algún día, para ver los pasos de Cristo en el lago y repetirlos.

No soy el milagro
no caminé en agua y no me curé con dolencias de amor
pero fue el agua de mi corazón la que aprendí a convertir en asfalto cada vez
que te recordaba
aprendí a huir de la lava que goteaba de las montañas de tu miedo
y no aprendí la muerte

no estuve ahí cuando la muerte fue para siempre una lección
donde el recuerdo del proyectil lo traicionó y olvidó el camino
la bala que nunca quiso dejar de ser bolígrafo
la masacre que sucedió en la carretera principal y disparó la paz
cuando yo estaba caminando por la ruta alterna
recogiendo margaritas y viendo la guerra en caricaturas

nunca creí que aprendería a morir
hasta que la guerra de Beirut ahogó el canto de mi madre en el pozo
el aroma de las invasiones emana desde el horno
la voz del comando irrumpe en el casete de *Umm Kulthum*
los cráneos que cubrían el camino de la ciudad dejaron el cartel sostenido al lado de la cama y arrullan, golpeando mi cabeza como una larga *latmiya*. Así dejo de llorar o ellos dejan de llorar.

Mi corazón crece en el pozo como un árbol de granada, cada vez que una rama se quiebra, trepo otra de camino a ti. Destrozada me convierto en nido. Los pájaros observan el agua y ven la risa en el rostro de un bosnio, yo lo veo y veo tu rostro.

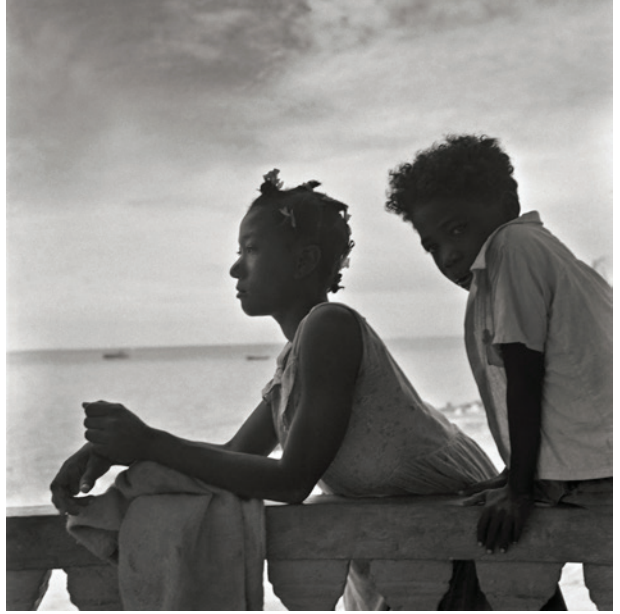
Soy la hija de un híbrido de laboratorio médico
olí el aroma de caballos muertos en el esperma de mi padre
y me retiré
nací en el séptimo mes
después de ser golpeada por bosnios en el vientre de mi madre
y me retiré

nunca creí tener que aprender a morir
hasta que, en el pastel de mi noveno cumpleaños, sucedió la masacre del Hebrón.
Encendí las velas en las alfombras de la casa de Abraham. Se derritieron y nadie
cantó con ellas. Los regalos de cumpleaños cayeron al pozo; los regalos caen, son
votos de venganza en mi mochila
los votos pudieron haber cavado mi tumba si hubieran tenido mis manos
los almendros se hubieran parado en ella si hubieran tenido médula espinal
las montañas la hubieran alabado si hubieran tenido poemas
las lágrimas de los bosnios hubieran hecho fisuras en sus piedras si hubieran
tenido picos o ganchos
y yo hubiera salido
para aprender la primera lección:
que el cráneo aplastado en el cartel es mi cráneo
y que la sangre en mi camisa
es mi sangre.

Asmaa Azaizeh (Daburieh, Palestina, 1985) es licenciada en Periodismo e Inglés por la Universidad de Haifa, donde reside. En 2012, fue la primera directora del Museo Mahmoud Darwish en Ramallah. Ha ejercido como periodista en prensa, revistas culturales, radio y televisión. Gerente de la librería y arte Fattoush en Haifa, actualmente dirige Poetry Yard, que fundó en 2017.

*Ha publicado los libros de poemas: **Liwa** (con el que ganó el Young Writer Award de la Fundación Al Qattan, 2011), **As the woman from Lod bore me** (2015) y **Don't believe me if I talked to you of war** (2019).*

Estos dos poemas han sido vertidos al español a partir de la versión inglesa de Yasmine Haj por Frances Simán (Honduras, 1984), quien es miembro del taller de poesía Alicanto y forma parte del consejo editorial de los sellos Cisne Negro y Los Amorosos. Además, ha traducido del inglés a poetas de diversas lenguas, así como, entre otros, los libros Un águila en los reinos de la nieve de Jidi Majia y Canciones del Caribe de Buckner Beasley.





ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

- Cubierta: Palafitos (Venezuela, 1958).
- Pág. 2: La novia oscura (Melgar, Colombia, ca. 1973).
- Pág. 4: Leyendo en la playa (Santa Marta, Colombia, 1960).
- Pág. 24 y 25: La red / Pavo real del mar (Ciénaga Grande, Colombia, 1939).
- Pág. 26: Niños (Aracataca, Colombia, ca. 1950).
 Sin título (Cartagena, Colombia, 1939).
- Pág. 36 y 37: Habitantes ribereños (Colombia, s/f)
- Pág. 38: Piano volando (Colombia, ca 1950).
- Pág. 52 y 53: El circo de Macondo (Colombia, ca. 1960).
- Pág. 54: El portal de los dulces (Cartagena, Colombia, 1962).
- Pág. 59: El gallero (Aracataca, Colombia, 1951).
- Pág. 60: Astillero (Cartagena, Colombia, 1970).
 Vapor «Victoria» (Río Magdalena, Colombia, 1939).
- Pág. 75: Vendedora de bananos (Aracataca, Colombia, 1957).
- Pág. 76: Enamorada (Aracataca, Colombia, ca. 1960).
 Hombre del campo (Aracataca, Colombia. s/f).
- Págs. 81: La pesca (Santa Marta, Colombia, ca. 1950).
- Pág. 82: Lavandera (Río Magdalena, Colombia, 1939).
- Pág. 87: La ventana (Cartagena, Colombia, 1981).
 Enamorados (Santa Marta, Colombia, s/f).
 Vendedor (La Guajira, Colombia, 1972).
 Niñas (Aracataca, Colombia, ca. 1939).
- Pág. 88: Las viudas de Montiel (Río Magdalena, Colombia, 1959).
- Pág. 90: Exposición de caricaturas de Leo Matiz
 (Santa Marta, Colombia, 1936).
- Págs 92 y 93: Atardecer (Cartagena, Colombia, ca. 1963).
- Pág. 94: Joven al sol (Río Magdalena, Colombia. s/f).



LEO MATIZ (Aracataca, 1917-Bogotá, 1998) es uno de los grandes innovadores de la fotografía colombiana y del fotoperiodismo del siglo XX.

A sus 16 años publicó caricaturas en la revista *Civilización de Barranquilla* y, a los 21, en el diario *El Tiempo*, donde, por consejo del periodista Enrique Santos «Calibán» cambió el lápiz por la cámara, estudiando en el taller del pintor y fotógrafo Luis B. Ramos, considerado el pionero de la fotografía moderna en Colombia. Su primer gran trabajo como reportero gráfico lo llevó a cabo en el río Magdalena para la revista *Estampa*, en la que apareció el 8 de abril de 1939 su emblemática foto «Pavo real del mar». Para tomarla, según Humphrey Inzillo, «Matiz no tuvo la necesidad de pedir poses, ni de entablar siquiera un diálogo con la dupla de pescadores retratados. Simplemente esperó, gatilló su cámara y en esa instantánea pudo captar de un modo singular una escena que se ha repetido, y se repite, todos los días desde tiempos inmemoriales. Sin embargo, pese a su cotidianeidad, la imagen se impone, nos interpela, nos atrapa».

Tras un breve periplo por Centroamérica, en 1941 se afincó en México. En este país, trabajó en el ámbito del cine, colaboró en diferentes publicaciones e incursionó en el retrato, teniendo de modelos a artistas de la talla de Luis Buñuel, María Félix, Frida Hahlo o David Alfaro Siqueiros para quien realizó esbozos fotográficos destinados a proyectos artísticos. En 1951, se estableció en Bogotá y fundó la primera galería de arte en Colombia, donde expuso por primera vez Fernando Botero.

En palabras de Álvaro Medina, «el fotógrafo de Aracataca buscaría temas entre los labriegos del campo y los obreros de los centros urbanos, prolongando su universo artístico en la fervorosa contemplación de los avatares del ser humano en las buenas y en las malas. Por eso documentó revoluciones y guerras, recorriendo el planeta por encargo de revistas de México, Estados Unidos, Venezuela y Colombia, entre ellas la prestigiosa *Life*, experiencia que le valió el cargo de fotógrafo oficial de las Naciones Unidas en el conflicto palestino-israelí, en 1948 y 1949. Leo Matiz se convirtió así en el primer artista colombiano de talante y proyección internacional».

En 1978, víctima de un cruel asalto en Bogotá, perdió el ojo izquierdo y abandonó por largo tiempo el ejercicio de la fotografía.

Versátil y variada en su temática, la obra de Leo Matiz, con un acervo que comprende también composiciones abstractas e imágenes de la naturaleza, se encuentra expuesta, entre otros centros artísticos, en el MoMA de Nueva York.

Por su incuestionable prestigio, el gobierno de Colombia le rindió homenaje en 1988, el de Francia lo condecoró como Chevalier des Arts et des Letters en 1995 y recibió el premio Filo D'Argento de Florencia en 1997.

Las fotos que ilustran estas páginas, cedidas altruistamente por Alejandra Matiz, hija del fotógrafo y presidenta de la Fundación Leo Matiz, pertenecen al ciclo de Aracataca y sus alrededores —el Macondo de García Márquez— y, según Gerald Martin, constituyen «un repositorio de imágenes indispensables para aproximarse a la existencia de los habitantes de la costa colombiana en las décadas decisivas del siglo pasado; pero también son un punto de referencia fascinante para comparar la materialidad física del mundo caribeño con la recreación verbal llevada a cabo por García Márquez [...]. Extraordinarias, inolvidables, de una belleza evidente y autosuficiente, en ellas se capta no solamente la resistencia y dignidad de los habitantes de la costa colombiana, sino también cierto halo mágico que los relaciona con su entorno de una manera muy específica y especial».







PALIMPSESTO 36

Revista de Creación

2021

Dirección:

Francisco José Cruz

Coordinación Editorial:

Rosario Acal

Diseño:

Carmen Herrera Romero

Edición:

Excmo. Ayuntamiento de Carmona

Delegación de Cultura

Redacción:

San Juan Grande, 26 Teléfono 95 419 04 18

41410 CARMONA (Sevilla)

palimpsesto1990@gmail.com

Administración:

Biblioteca Municipal *José María Requena*

Domínguez de la Haza, s/n.

Tfno. 95 419 14 58 biblioteca@carmona.org

41410 CARMONA (Sevilla)

Fotocomposición, Fotomecánica e Impresión:

INGRAPRINT, S.L. Políg. Ind. El Pilero, calle Esparteros, 7

Teléfono 955 183 352 41410 CARMONA (Sevilla)

I.S.S.N.: 1885 9429

Depósito Legal:

SE 820 1990

Carmona 2021



Excmo. Ayuntamiento de Carmona